

Bajo la dirección de Philippe Ariès y Georges Duby

Historia de la vida privada

El siglo XX: diversidades culturales



¿Modelos extranjeros?

Sophie Body-Gendrot
Kristina Orfali



¿Una vida privada francesa sobre el modelo americano?

«Está a nuestro alcance hacer que el mundo vuelva a comenzar.»

THOMAS PAINE.

Complejidad del modelo y unicidad del mito

¿Puede hablarse de una probable influencia del modelo de vida privada americano sobre el francés? La vida privada, entendida como existencia cotidiana (o sus manifestaciones exteriores), incita a una respuesta positiva. Ya se trate de los *jeans*, de las cazadoras con las siglas de universidades americanas más o menos imaginarias, de *fast foods*, de la música escuchada en sala o mediante Walkman, del frانinglés*, del peregrinaje americano que se impone a todo joven estudiante como a todo profesor de universidad que quiera adquirir una legitimidad suplementaria como *visiting professor*; ya se trate del consumo de películas, folletines, *polars made in USA*, la influencia de la dominación económica se dobla con una influencia cultural. Al nivel de la vida cotidiana, puede hablarse de americanización de Francia.

Pero, en el plano de la vida privada —*a fortiori* sobre el de la vida secreta— objeto de nuestra reflexión, la respuesta es mucho menos evidente. Relaciones con el tiempo y el espacio, peso del pasado, mundo imaginario y otros muchos datos son realidades que sólo una aproximación intercultural permite aprehender. Los Estados Unidos, poblados en sus orígenes por emigrantes europeos, han elaborado un *American way of life* que, a pesar de su diversidad (o a causa

Página 526:

Tradiciones, costumbres, «otros» modelos... Millones de niños americanos son llamados todas las mañanas a prestar juramento a la bandera. En su conjunto, los franceses acogen este tipo de manifestación patriótica con estupefacción e ironía.

Página contigua:

Dallas en una tienda de Alsacia: un feliz encuentro con la *Velada de las chozas*... Entre *soap opera* y folletón a la francesa se reconocen idénticas referencias a las pasiones y al poder.

* *Franglais* en el original: neologismo acuñado en 1964 por Etienne para designar una lengua francesa preñada de anglicismos. [N. del T.]

de ella misma), lleva caracteres específicos y unificantes. Por una especie de movimiento de rechazo, América nos reenvía este sistema cultural complejo cuyas normas y códigos son reinterpretados por los europeos en función de sus propias raíces. De este intercambio subsisten —quizá se desarrollan— rasgos perceptibles en la vida privada de los franceses. Pero para la mayoría de nuestros compatriotas no se trata tanto del mito americano que alimenta su imaginación como de la realidad americana que regula su vida.

Ahora bien, «el objeto del mito es suministrar un modelo lógico para resolver una contradicción», según las palabras de Claude Lévi-Strauss en la *Antropología estructural*. ¿Tiene como función el mito americano interiorizado por los franceses —o, más exactamente, la realidad americana transformada en mito selectivo y simplificador de esta realidad, transformación resultante a la vez de los mensajes salidos del sistema de los *mass media* americanos y de las expectativas del público francés— superar la contradicción (incluso la oposición) entre dos sistemas (o conjuntos de sistemas) cuyas divergencias son tanto más «esenciales» cuanto que se encuentran ocultas?

La potencia dominante ha impuesto en todo momento sus códigos culturales —o algunos de ellos—. En la Europa de ayer se construyeron numerosos *pastiches* de Versalles; en la Europa de hoy en día existen múltiples modelos que remiten al *World Trade Center*. Antaño el francés fue la lengua en la que se entendían los europeos; el inglés —el americano más bien— es hoy en día lengua mundial de comunicación. La cocina francesa ha reinado sobre Europa; el mundo entero come *hamburgers* y *hot dogs*, y bebe Coca-Cola. Y ¿después? O más bien: ¿y en el fondo?

Sans-Souci no hizo desaparecer la arquitectura alemana y los cocineros franceses que servían a Federico II no aniquilaron el *choucroute*. Los pintores franceses convocados, retribuidos y honrados por Pedro el Grande artífices de innumerables «fiestas de Versalles» que hechizaban la mirada de los aristócratas rusos, no han impedido el nacimiento —hacia 1860— del movimiento de los Ambulantes, pintores específicamente rusos.

Ya hemos recordado la afirmación de Heidegger según la cual «la raíz del pasado se encuentra en el futuro». Es cierto que la comprensión de la historia vivida pasa por la idea que los hombres del momento se hacen de su porvenir. Pero la raíz del pasado se encuentra igualmente en el pasado —el del período estudiado—. Todavía está por escribir una historia de la memoria colectiva. Confrontados con esta carencia, recordemos que todo individuo es el producto de una triple historia —nacional, familiar, individual— y que el americano y el francés no son hermanos gemelos.

El dinero sale de debajo del colchón y se proclama a la luz del día.

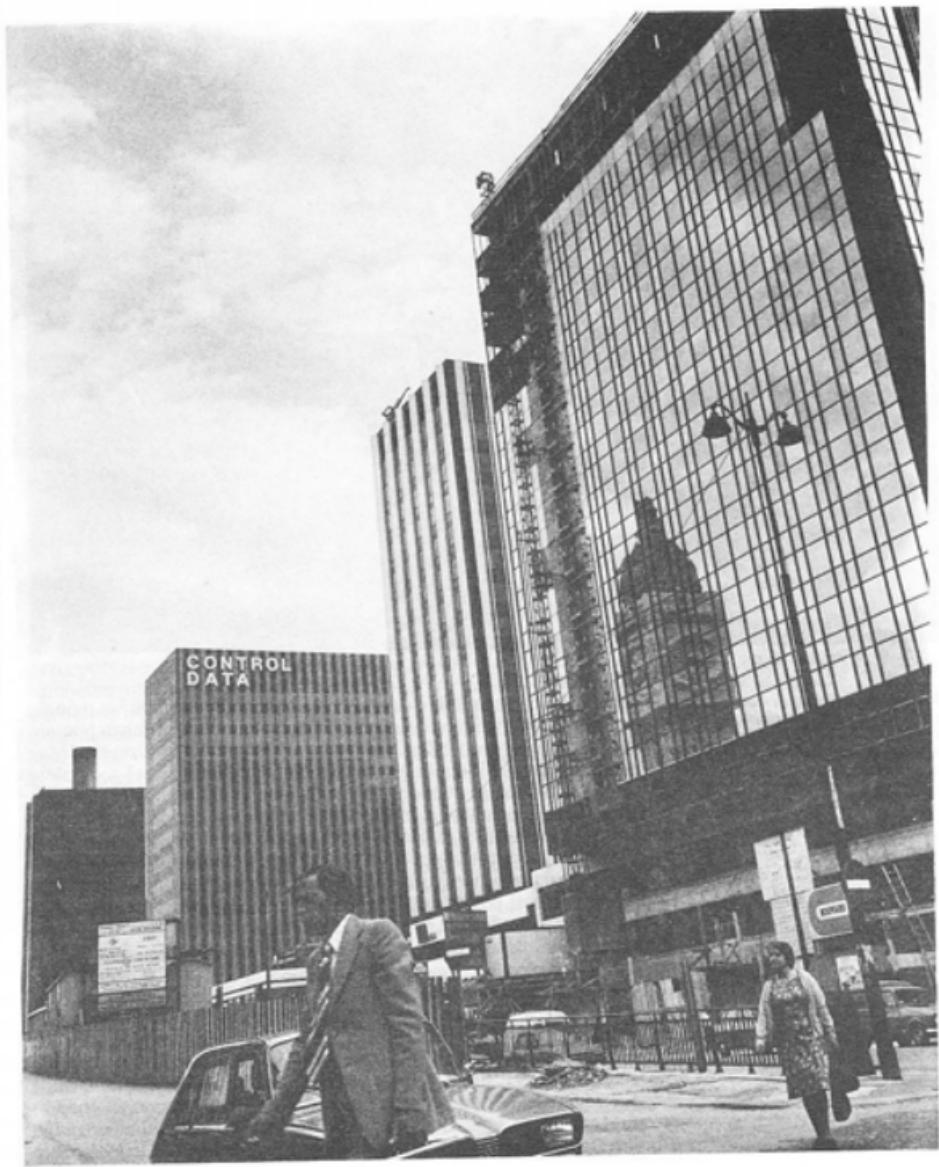
Página contigua:

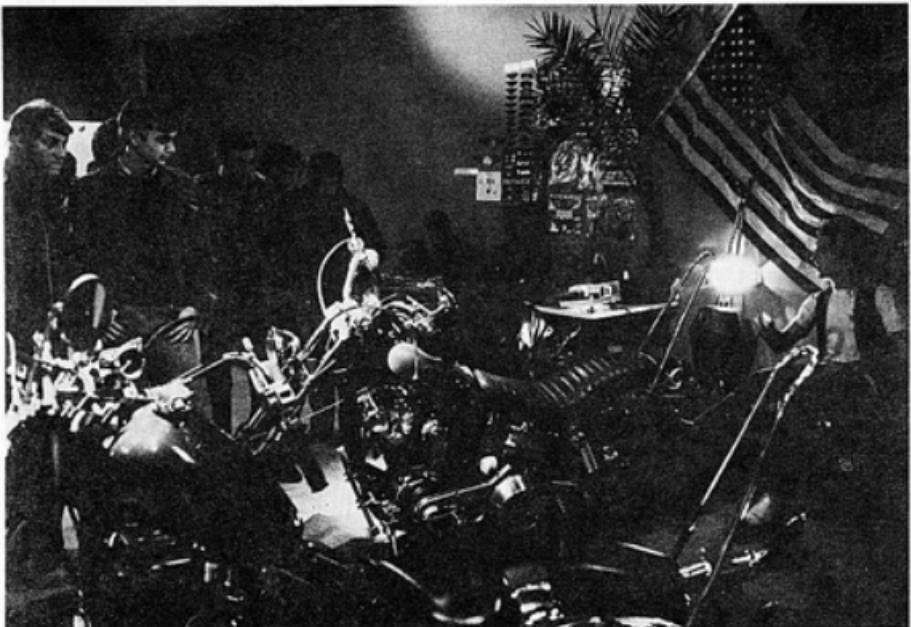
En París, el nuevo barrio de la estación de Lyon o Francia a la hora de los negocios.



¿Complejo de Atenas?

Caracteriza a todos los debilitados —ya se trate de individuos o de grupos— elaborar estrategias de compensación (de las que únicamente se percibe los discursos que las transmiten) cuya argumentación se crisma sobre los fastos del pasado y sobre la negación de lo que —en el presente— molesta. El francés falta de argumentos para contestar la superioridad técnica y material americana, rechazando





James Dean, el actor, y *Easy Rider*, la película, también encarnaron en Francia el sueño de libertad de los adolescentes salidos de la guerra y de la necesidad.

reconocerse responsable de su incapacidad para concebir un modelo societario susceptible de alcanzar difusión mundial, se venga poniendo en cuestión el arte de vivir americano. Señala atinadamente Max Lerner que los europeos se encuentran aquejados por el «complejo de Atenas», en el sentido de que, a semejanza de los atenienses, identifican y asimilan a los americanos con los romanos, pues este complejo se funda sobre la afirmación de que «el vencido es superior al vencedor, pues el vencedor se alimenta del espíritu del vencido». Los americanos tienen la cantidad, nosotros tenemos la calidad; ellos tienen el poder, nosotros la cultura; ellos poseen el porvenir, carecen en cambio de pasado. Tales son algunos de los temas que recobra un nacionalismo rabioso.

Necesidad de una aproximación intercultural

La evitación de esta especie de simplificación pasa por una aproximación intercultural. El observador, historiador o sociólogo, queda sorprendido por el foso que separa estas dos «culturas», utilizando esta palabra en su acepción etnológica tal y como la define Claude Lévi-Strauss: «Toda cultura puede ser considerada como un conjunto de sistemas simbólicos en cuya primera fila se sitúan el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la cién-

cia y la religión. Todos estos sistemas tienden a expresar determinados aspectos de la realidad física y de la realidad social, y, más todavía, de las relaciones que esos tipos de realidad mantienen entre sí»¹.

«Tiene la dominación cultural americana —y los efectos que de ella se derivan— esta fuerza coercitiva desconocida que Pierre Bourdieu imputa al poder simbólico, «poder invisible que sólo puede ejercerse con la complicidad de quienes no quieren saber que lo sufren, o mejor que lo ejercen (...), poder subordinado que es una fuerza transformada, es decir, irreconocible, transfigurada y legitimada de las otras formas de poderes»². No lo creemos. En efecto, el hijo del empleado de metro se hace llamar Eddy Mitchell, y Jean-Philippe Smet, Johnny Halliday. Todos los niños europeos han jugado a los *cow-boys*, y James Dean fue un héroe universal que simboliza un «furor de vivir» sancionado por una muerte ejemplar (al parecer recibía siete mil cartas de amor diarias y murió a los veinticuatro años). Los mensajes de los *mass media* americanos, concebidos, fabricados y distribuidos por excelentes profesionales que saben que un producto cultural sólo es exportable si sus vínculos con el país de elaboración no son demasiado estrictos, recibieron una acogida tanto más favorable cuanto que lo desdibujado de su contenido (la victoria del bien sobre el mal, el patriotismo, el reposo del guerrero, la soledad del justo contra la infamia y las maquinaciones de los «medios») permitió su inserción en los códigos culturales europeos.

¿Se diluye la vida privada de los franceses en un modelo americano que le haría perder su identidad? ¿Son imputables los trastornos perceptibles en la existencia íntima de nuestros compatriotas al encaminamiento, hacia la modernidad que caracteriza a todos los países industriales denominados «avanzados» o más bien al ejemplo de los Estados Unidos? Nos acecha la trampa de las falsas imputaciones, de las causalidades cortas, consiguientemente, tranquilizantes. ¿Se divorcian cada vez más las parejas francesas para imitar a los americanos o este fenómeno —observado en todas las sociedades occidentales— se explica por las modificaciones estructurales buscadas, asumidas o sufridas por estas sociedades? ¿Puede un país obsesionado por el mantenimiento de su competitividad —condición de su supervivencia en tanto que «gran potencia»— proseguir el gran impulso de la aventura industrial esbozada durante el siglo XIX sin imitar el *American way of life* y conservando simultáneamente sus tradiciones culturales? Para nosotros la respuesta es «sí». Así lo prueba el caso del Japón. Estos coches japoneses que conducen los americanos están concebidos y fabricados por ingenieros y obreros que, una vez abandonados el despacho de estudio y la fábrica, reencuentran códigos de intimidad que nada tienen que ver con los de los Estados Unidos³. La conquista de mercados exige el conocimiento de las expectativas de los clientes potenciales modelados por otros sistemas culturales. Pero ¿no significa imitación esta investigación minuciosa —en la que descublan los japoneses—? De este modo aparecen sociedades —esquizoides— cuya historia vivida

¿Ejemplaridad americana o encaminamiento hacia la modernidad?



conoce dos *tempo*: el de la historia aditiva, acumulativa, del «progreso» tecnocientífico, y este otro *tempo* más lento, incluso repetitivo, de una vida privada que, a pesar de la innovación que la penetra (la televisión), la rodea (el ruido y la furia de los índices y estadísticas de la balanza de pagos) y la asedia (es preciso responder a todo desafío que venga de fuera), perpetúa unas tradiciones cuyo conservatorio es la lengua. Si por un lado es fácil poner de relieve «signos» de americanización, por otro el grado de interiorización de estos «signos» por parte de las conciencias francesas plantea problemas epistemológicos de una extrema complejidad. Pues poco o casi nada sabemos sobre la reinterpretación, la remodelación de este modelo (prestigioso y repulsivo) por parte de aquellos o aquellas que pueden percibirlo sin «recibirllo» según se dé a esta última palabra un sentido pasivo (ser alcanzado por... un mensaje sin haberlo solicitado) o activo (hacer entrar yendo a buscar), segunda acepción que sobrepone una búsqueda voluntaria.

Suponiendo que existe, ¿qué modelo orienta esta búsqueda? ¿El californiano? ¿El tejano? ¿El neoyorquino? Y, en este último caso, ¿Greenwich Village? ¿El Lincoln Center? ¿Los edificios de la Quinta Avenida que dan al Central Park? ¿Las fachadas calcinadas del South Bronx? No existe en el mismo lugar un solo modelo americano. Los Estados Unidos, país vasto, múltiple y vivo, se refabrican incesantemente. País, para nosotros franceses, exótico. El presidente Reagan, poco después del atentado del que fue víctima, haciéndose portavoz del *lobby* de la NRA (National Riffle Association), integrada por 1.800.000 miembros, no dudó en repetir los lemas de esta asociación: «No es el arma la que mata, sino el brazo.» Palabras inimaginables en labios de un presidente francés superviviente de una tentativa de asesinato.

Los vectores del «modelo» americano. El período de entreguerras

«Coerseducción» mediática

Las dos guerras mundiales arruinaron a Europa al tiempo que reafirmaron a los Estados Unidos en su posición dominante. La industria —liberada de las obligaciones impuestas por las leyes del mercado— conoció un desarrollo «formidable» (es decir, amenazante para los países aliados/competidores); las pérdidas humanas fueron mínimas (114.000 muertos durante la Primera Guerra Mundial, 284.000 —contra los 18 millones de los soviéticos— durante la Segunda); el territorio —entonces innaccesible a las armas del adversario— quedó intacto. A la salida de ambas guerras, los Estados Unidos estuvieron en condiciones de exportar hacia Europa —hacia Francia— «productos culturales» que quizás no correspondían —precisamente— a una expectativa, pero que, en cualquier caso, fueron aprobados. ¿Imperialismo cultural americano? Quizá. Pero ¿habría



Amores, guerra, enfrentamiento de pasiones: *Lo que el viento se llevó*, de V. Fleming, con Vivian Leigh y Clark Gable, fascina en 1939 a Francia (y al mundo entero) por el gigantismo de su producción.

Tiempos modernos, 1936, cuyo tema supera lo trágico de la existencia individual, pone en escena el conflicto del hombre con el taylorismo. «Los estetas consideraron el tema poco conveniente y los hombres políticos peligroso» (G. Sadoul, *Historia del cine mundial*, 1949).

Página contigua:

Mickey continúa el linaje —democratizándolo— de los personajes antropomórficos que hasta hace poco tiempo poblaban los cuentos (*Steamboat Willie*, 1928. © Walt Disney Productions. Por autorización especial de Walt Disney Productions France).

impuesto este país sus *polars* (R. T. Chandler), sus comedias musicales (*Cantando bajo la lluvia*), sus grandes producciones cinematográficas (*Lo que el viento se llevó*, E. T.), sus folletines televisivos (*Los incorruptibles, Dallas*, etc., si Europa, traumatizada, asolada y dividida, hubiera sido capaz de desprenderse de su pasado, olvidar sus rencores históricos y concebir mensajes de alcance «universal», incluso si se trata de un «universalismo» de *marketing*, gestionado por comerciantes y no por intelectuales? La sociología de la comunicación nos enseña que la coerción, para tener éxito, debe pasar por la seducción. Ya se trate de una película, de un *jean* o de un *hamburger*, es la «coerseducción» (R. J. Ravault) lo que permite imponerse al mensaje (cultural o político). La televisión —por tomar el medio más omnipresente— no es un arma absoluta. Si lo fuera, Lech Wałęsa habría quedado en el anonimato y la izquierda francesa no hubiera ganado las elecciones de 1981. La «coerseducción» designa amablemente esta dosis de imposición y embrujamiento, condición de la eficacia para hacer prosélitos. Nos guardaremos, pues, de adoptar el punto de vista simplista que hace del sistema americano de los *mass media* el vector de una «ideocracia totalitaria» enmascarada por el liberalismo. La propagación del «modelo» se inscribe en un contexto intercultural de una gran complejidad. La conversión de los «blancos» nunca es segura, pues el éxito de la empresa depende no tanto de un maquiavelismo «científico» del emisor como de un determinado isomorfismo entre emisor y receptor.

Literatura

Un buen ejemplo de este isomorfismo nos lo proporciona el éxito alcanzado en Europa por la obra de Francis Scott Fitzgerald, el «histrión de la generación perdida» (Gertrude Stein). Las narraciones cortas reunidas bajo el título de *Flappers and Philosophers* (1920), *Tales of the Jazz Age* (1922) y *All the Sad Young Men* (1926) relatan con una precisión casi clínica la gesta de esta generación perdida de los *roaring twenties*, que sólo pudo vivir estos «años locos» en la Europa sin prohibiciones o en la desmesura de la sociedad americana en la que «los ricos dejan a los demás que barran». La ascensión y caída del *Gran Gatsby* (1925) pertenece a esta sociedad de los años 1920 —americana tanto como europea— cuya decadencia trata de describir Fitzgerald. La novela americana enseña al lector francés no solamente la realidad de la vida privada americana, sino también la crítica —a menudo despiadada— de esta realidad. En este sentido, colma las expectativas de una *intelligentsia* francesa despojada de su papel de «faro de la cultura» y que no encuentra consuelo. *Escenas de la vida futura*, que Georges Duhamel publica en 1930, es una novela rosa comparada con *La jungla*, donde Upton Sinclair, en 1906, denunciaba el escándalo de los mataderos de Chicago que ofrecían al consumidor «junto con su *corned-beef* algún fragmento de obrero caído en la máquina amasadora para fabricar conservas» (se sabe que, tras una investigación gubernamental, se impusieron algunas reformas). *Babbitt* (Sinclair Lewis, 1920) se convirtió pronto en un apellido corriente, «Yankee standard con su alma y sus prejuicios taylorizados», siguiendo la expresión de Paul Morand, quien, en 1930, prologó la edición francesa publicada en Stock.



El París de los años 1930 había atraído a una «generación perdida» de escritores americanos que huían del puritanismo y de las convenciones de la vida americana. Se encontraban en la *Closerie des Lilas*, en la biblioteca del Odeón regentada por Sylvia Beach o en el salón de Gertrude Stein y de Alice B. Toklas. Aquí, Scott Fitzgerald y Adrienne Monnier.

En las tribulaciones de George F. Babbitt, agente de negocios inmobiliarios, el intelectual francés, capaz de abstracción e imbuido por un pesimismo lúcido heredado de la Gran Guerra, perspicaz, desilusionado, en pocas palabras, detentador de la superioridad del pensamiento, se complacía en detectar su contramodelo: un materialista plácido que gusta de los *gadgets*, los coches y los honores del pueblo, y que continúa creyendo que todo el mundo «puede arreglárselas». En *Las uvas de la ira* John Steinbeck pone estas palabras en labios de Tom Joad, el justiciero: «Siempre estaré allí, en la sombra. Allí donde pongas tus ojos. Dondequieras que haya una pelea en la que los hombres luchen por su sustento. Allí estaré yo. Dondequieras que haya un policía que maltrate a alguien que no puede defenderse, allí estaré yo. En el grito de las gentes cuya ira se derrama porque tienen el estómago vacío, allí estaré yo (...). Y cuando los nuestros tengan sobre sus mesas lo que hayan plantado y recolectado, cuando habiten en las casas que hayan construido... ¡pues bien! incluso en esos lugares estaré yo.» Publicada en 1939, llevada al cine en 1940 con Henry Fonda, la novela sólo será traducida al francés en 1947, en el preciso momento en que la película de John Ford se proyectaba en nuestras pantallas. Durante estos comienzos de la guerra fría, *Las uvas de la ira* alimentó el antiamericanismo de los franceses y encandiló a los comunistas y a sus compañeros de viaje, inesperados herederos de una ideología duhameliana que en la sociedad americana sólo había visto «confort vulgar, gusto por la novedad centelleante, artículos en serie, lo provisional, mercancía de pacotilla, velocidad, música anónima distribuida indiscriminadamente, reclamos cegado-

res, informaciones aulladas, alimentos irreconocibles, alocado disfrute, pequeñas alegrías sin porvenir, pequeñas alegrías miserables.» El autor de *Salavín* y de los *Pasquier* no había dejado de oponer los «pueblos de genio orador» a los que sólo tienen el «genio de aplicación». Pensamiento —si así puede ser llamado— retomado más tarde por Jean Cocteau en un enunciado metafórico: «Francia, indiferente, tenía sus bolsillos repletos de semillas y las dejaba caer descuidadamente tras de sí. Otros recogerían estas semillas y las llevarían a sus países para plantarlas en algún suelo químico donde producirían enormes flores que no destilarían perfume alguno.»

Las reticencias envidiosas de la «élite» respecto del modelo americano aparecen bien claras en esta célebre contestación de Le Corbusier cuando desembarcó por vez primera en Nueva York y a quien se había preguntado su opinión sobre los rascacielos: «Son demasiado pequeños.» Se recordó entonces que V. E. Tatline, ruso es cierto, pero un poco francés a causa de su amistad con Picasso, había concebido en 1919 un *Monumento a la gloria de la III Internacional* de una altura vertiginosa cuya construcción fue impedida por acontecimientos lamentables. La opinión de la gran prensa no es unánime. Hace suyo por un lado el deseo de satisfacer la curiosidad de un público fascinado por la opulencia atribuida a los Estados Unidos, pero expresa por otro sus reticencias. Un sólo ejemplo: cuando en 1937 Jean Prouvost lanza *Marie-Claire* puede leerse en esta revista a la vez la denuncia de una civilización «artificial», marcada por el sello de una «despiadada» *struggle for life* y artículos de inspiración americana que preconizan regímenes alimenticios estrictos, la absorción de vitaminas, cantan las virtudes de la limpieza corporal y los efectos saludables del ejercicio físico.

Las películas americanas

Durante el período de entreguerras los viajes eran raros, el periplo americano quedaba reservado a algunos hombres de negocios y a turistas privilegiados. Las evocaciones de este nuevo mundo nos llegaban sobre todo a través del cine. Era la época en la que, el sábado por la noche y el domingo por la tarde, las salas de barrio congregaban a familias enteras para asistir a este rito cinematográfico en el que *westerns*, comedias musicales y *polars* sobre los daños ocasionados por la prohibición no pasaban de ser meras diversiones sin repercusión alguna sobre la vida privada de los espectadores. El cinematógrafo apartaba a los franceses lo que esperaban: no la realidad americana, que no tenían ninguna necesidad de llevar a la práctica, convencidos como estaban de que sólo el modo de vida francés poseía la excelencia que provenía de su carácter milenario, sino el mito americano. Tenían necesidad de Al Capone y del gangsterismo siempre y cuando no saliesen de Chicago y en Montargis se pudiese seguir viviendo con la máxima seguridad. Apreciaban la justicia expeditiva del *Far West* y la corrupción de los *sheriffs*, protegidos como estaban por la integridad de su magistratura. Adoraban el inmenso éxodo de los heroicos pioneros de las películas de John Ford amontonados en los carros y adentrándose incansables hacia el Pacífico por cuanto les permitía reunir a sus hijos y nietos

en las comidas dominicales. El cinematográfico ofrecía el contramodo, lo que se quería para los demás; quizás lo que una parte infima de sí mismos, reprimida, hubiera querido conocer durante algunos instantes de libertad y ensueño. Su efecto era más catártico que mimético, más disuasorio que incitante. Los *thrillers* llegados de más allá del Atlántico no transformaron a las personas honradas en *gangsters*, sino que más bien, gracias a la válvula imaginaria que ofrecían a los pensamientos criminales y delictivos en estado latente, impidieron que lo que en ellos se narraba se hiciese realidad. La producción americana era consumida por un «amplio público» que no compartía las reticencias elitistas: el *Cantante de jazz* se mantuvo en cartel durante cuarenta y cinco semanas y en 1929, registró quinientas mil entradas; cuando llegaron los primeros *Mickey*, la sala Paramount debió proyectar de 9.30 a 2 de la mañana. En 1917, Upton Sinclair había afirmado que «gracias al cine, el mundo se unifica, es decir, se americaniza». Era cierto.

Para la *intelligentsia* francesa y para quienes se decían salidos de las «viejas familias», el pueblo americano era una reunión heteroclita de emigrantes, algunos de ellos «advenedizos», que no podían aspirar a la «distinción», puesto que iban a buscar sus códigos a París, capital mundial del buen gusto que exportaba sus trajes, per-

Las actualidades cinematográficas



«Mal alojados, mal alimentados, mal vestidos», según las mismas palabras de su presidente F. D. Roosevelt, los americanos de la Depresión que presentaban en Francia las actualidades cinematográficas o las fotografías de la prensa suscitan reacciones de rechazo tanto en el partido comunista francés como entre las élites de la sociedad. (Dorothea Lange, *Sobre la US 99, cerca de Tracy, Cal., febrero de 1937.*)

fumes y cocina por el mundo entero, donde —no hace falta decirlo— «todo el mundo hablaba francés». Nadie negaba que los Estados Unidos habían ayudado a vencer a Alemania. Sin embargo, los americanos, combatientes de última hora, habían tenido demasiadas pocas pérdidas humanas como para aspirar a la excelencia militar y si habían reconquistado Saint-Mihiel —se decía— era porque los veteranos de la tropa francesa les habían preparado la tarea. Las actualidades cinematográficas llegadas de Estados Unidos revelaban la amplitud y horrores de una crisis de la que los franceses se vieron relativamente preservados (lo que imputaron a su genio del sentido común y del «justo medio», sin comprender que la causa profunda de esta benignidad era un retraso técnico-económico que, ineluctablemente, transformaba a su nación en país-museo). Trece millones de parados en 1932, esto es, contando todos los miembros de la familia, 30 millones de personas arrojadas a la miseria y abandonadas a la generosidad calculada de las sociedades de beneficencia y a las parsimoniosas iniciativas de las autoridades locales, puesto que, en el plano federal, no existía ningún sistema de seguro contra el paro. En la pantalla podían verse las *Hoovervilles*, chabolas que proliferaban en la periferia de las grandes ciudades e incluso en su corazón mismo —entre Central Park y el Hudson, por sólo tomar el ejemplo de Nueva York—, donde se apiñaban, sin gas, electricidad, ni calefacción, familias enteras de parados que habían sido expulsados de viviendas cuyo alquiler ya no podían pagar. Y, entre estos parados, había ingenieros, profesores, patronos en quiebra, rentistas arruinados, en pocas palabras, gentes, si no distinguidas, sí al menos honorables, respetables. A los que una sociedad que se decía civilizada hubiera debido ahorrar tal decadencia. Nada había allí que incitara al mimetismo. Todo lo más, y en el mejor de los casos, se podía adoptar una música «exótica» venida de más allá del Atlántico y desdenada por el *mainstream* americano.

El jazz

Fue hacia 1900 cuando en Nueva Orleans —y más precisamente en el barrio reservado de Storyville— nació el arte instrumental del jazz. La misma palabra sólo aparece hacia 1915 y su origen es oscuro (¿se trata de un término de argot que designa el acto sexual?). El puritanismo americano impone en 1917 la clausura de Storyville. Es paradójicamente en el Chicago de la prohibición donde se desarrolla el estilo «Nueva Orleans». Comienza entonces la «diáspora del jazz» que, durante el período de entreguerras y bajo diversas formas («viejo estilo», «middle jazz», etc.), se impuso en Europa. No es éste el lugar de hacer la historia de una de las corrientes estéticas más importantes del mundo cuyas originales raíces neorleansas —y negras— no parecían anunciar su difusión por todo el mundo. Retengamos solamente que, si los franceses se abandonaron al *swing* («balanceo» que expresa a la vez continuidad y ruptura), no se ve que esta pasión o esta práctica modificara su vida privada. En 1918, las fanfarrías militares americanas atraviesan los pueblos franceses: tocan *blues* a cuyo son baila una multitud sorprendida y encantada. «*I have the blues*», dice el Negro, lo que podría traducirse como: «Me entra la depresión». El *blues*, nacido de la existencia diaria del



En las boîtes parisiñas en las que nacían orquestas de jazz se reunían los americanos que huían del rigorismo que les acechaba a las puertas de Nueva York y esa fracción de la *intelligentsia* francesa, muy minoritaria, que manifestaba una comprensión/atracción por la producción artística de la minoría negra. Aquí, Louis Armstrong, segundo trompeta en la orquesta de Joe «King» Oliver en Chicago, en 1923.

La película muda *The Jazz Singer*, de Alan Crosland, con Al Johnson, se proyectó por primera vez el 7 de octubre de 1927.

Negro oprimido a la cual remite, no es un canto revolucionario, sino la expresión de lo trágico de la amargura. Escuchado, incluso bailado fuera del contexto del que salió, se convierte en música de acompañamiento, y puede pensarse que el modo cómo lo percibía la población francesa distaba bastante de cómo lo sentían los esclavos —o trabajadores— de las plantaciones algodoneras del sur de los Estados Unidos. No obstante, la canción americana se extiende por Francia, y el micrófono permite a los *crooners* (Bing Crosby, Frank Sinatra, etc.) establecer una especie de intimidad con el destinatario. Éste, que salvo excepciones no comprende el sentido del texto, altera el mensaje en función de sus propias expectativas y fantasmas, «recuperación» que expresa la perpetuación de prácticas culturales francesas. El «modelo americano» se encuentra penetrado por el proceso de apropiación: la modulación se impone sobre la modeлизación.

Los vectores del «modelo» americano. La posguerra

Los «liberadores»

Que en treinta meses —7 de diciembre de 1941 (Pearl Harbor)-6 de junio de 1944 (desembarco en Normandía)— los Estados Unidos fuesen capaces de hacer salir —casi— de la nada un ejército invencible fue un hecho que transformó la percepción que los franceses tenían de los americanos. Se olvidó la espantada de Roosevelt en



Admiración de los niños franceses privados de todo desde hace años ante la opulencia y prodigalidad de los GI. ¿Se les debe considerar por ello mendigos?



Chewing-gum, chocolate y música popular difundidos por el ejército americano en 1944 alimentaban los espíritus y los estómagos del mismo modo que las armas liberaban de la opresión.

respuesta a la imploración de Paul Reynaud (junio de 1940) y las víctimas de las bombas americanas. Se aclamó a los liberadores, que deslumbraron por su riqueza. Desde sus curiosos coches pequeños —los Jeeps— distribuían cigarrillos y *chewing-gums*. Parecían descuidados y seguros de sí mismos, en cierto modo civiles en uniforme. Nada de la arrogancia del gladiador vencedor. La izquierda, reticente (los comunistas sobre todo, cuyos electores representan alrededor de un cuarto del total de votos) subraya que el trabajo ha sido preparado por el *mujik* y que si el GI, forma modernizada del *dough boy* de 1918, sólo ha encontrado un ejército alemán exangüe es porque la Wehrmacht ha sido destrozada en las llanuras rusas. Así es. Pero los hechos hablan por sí solos: fue el ejército americano el que liberó París (la 2.^a DB se integró en él) y no los rusos. Simone de Beauvoir recorre la costa del Pacífico, y la revista *Les temps modernes* publica su *América día a día*, serie de artículos que informa a la izquierda desconfiada sobre el «milagro americano». Entonces no se atravesaba el Atlántico en seis horas. Era la época en que el aeroplano todavía no había privado a la humanidad de esos maravillosos —y largos— viajes por mar en los que, durante la travesía, gracias a los encuentros en los puentes y cabinas, era posible familiarizarse con el país de destino. Quien hoy en día toma el avión en

Boris Vian y su mujer Michèle y, de izquierda a derecha: Hubert Fol, Claude Luter, Aimé Barelli, Hubert Rostaing y Claude Bolling, en mayo de 1948.



Roisy para aterrizar en el aeropuerto Kennedy no tiene el sentimiento de cambiar de mundo. Todos los aeropuertos internacionales se parecen. No era éste el caso del miembro de una «misión de productividad» que iba a los Estados Unidos en busca del saber. Ya tomase el barco o el avión (con escalas en Irlanda, Groenlandia o Terranova), pensaba descubrir el futuro de esta vieja Francia que se había estancado durante los cuatro años de Ocupación, consiguientemente, retrocedido en relación a sus liberadores.

El «choque americano»

Boris Vian es la personalidad que mejor ilustra las complejas reacciones suscitadas por el «choque americano». Ingeniero, trompetista, crítico musical, actor, poeta, novelista, gran manipulador del lenguaje, patafísico, premio Nobel de la insolencia (si este premio hubiera existido), imitador, pornógrafo, tiene veinticuatro años cuando se produce la Liberación y afirma que «sólo existen dos cosas: todas las maneras de amor con las muchachas bonitas y la música de Nueva Orleans o la de Duke Ellington». Cuando, en 1946, publica una pretendida traducción de *Iré a escupir sobre vuestras tumbas* hace creer en la existencia de Vernon Sullivan, novelista americano de serie negra. Al año siguiente publica, esta vez bajo su nombre, *La espuma de los días*, que Raymond Queneau considera

«la más desgarradora novela de amor contemporánea». Las películas de Jacques Becker (*Cita de julio* es de 1949) proporcionan testimonio de esta época que se quiere liberada no solamente de los alemanes, sino también de los tabúes (uno de los cabarets en boga donde nacen orquestas de jazz se llama precisamente *El Tabú*). La curiosidad suscitada por el «modelo americano» es cada vez más viva. Se traduce al francés a Saroyan, Dos Passos, Miller (que escandaliza), Faulkner (que desconcierta), Caldwell y Steinbeck. Los acuerdos Blum-Byrnes suprimen «cualquier tipo de restricción a la importancia de películas americanas». El 22 de junio de 1946, Léon Blum, molesto, reconoce que se ha visto obligado a aceptar este acuerdo «por gratitud a los Estados Unidos». De todo ello deriva una invasión en nuestras pantallas de películas americanas amortizadas por su programación previa en los Estados Unidos, consiguientemente, ofrecidas al mercado francés a precios bajos. Durante el primer semestre de 1947, las salas programan 54 películas francesas contra 338 americanas. Louis Jouvet encabeza un movimiento de protesta. La izquierda le apoya. Estos «acuerdos» serán revisados el año siguiente.

La prensa dedica innumerables artículos al modo de vida americano. Cuando, en 1954, *Marie-Claire* reaparece, el correo de lectoras se abre ampliamente a las cartas de las *GI brides*, estas francesas que, algunos años antes, se fueron a los Estados Unidos del brazo de un vencedor seducido. Estos testimonios celebran el bienestar de las casas individuales, el automóvil al alcance de todos, una determinada forma de convivencia, etc. A pesar de algunas reservas sobre el «materialismo americano» y la educación «permisiva», las lectoras se inclinan a creer que más allá del Atlántico el paraíso ya ha llegado a la tierra. Un sondeo IFOP de 1953 muestra que, una vez más, el mito oculta la percepción de la realidad: sobrestimación del número de obreros que poseen un automóvil o una televisión (excepcional en la Francia de esta época), exageración de la renta per cápita anual, desconocimiento del número de familias que viven por debajo del «umbral de la pobreza» y de la tasa de paro, etc. Los publicistas adoptan los métodos americanos; en las paredes y pantallas (en las grandes, y, a partir de los años 1950, en las pequeñas), exhiben personajes bronceados, de una salud casi insolente, sonrientes (por supuesto las dentaduras son perfectas, «resplandecientes»), aparentemente en vacaciones perpetuas (las vacaciones pagadas son de quince días en los Estados Unidos, a veces de tres semanas a fin de carrera), disponibles, relajados, en pocas palabras, una especie de encarnaciones pulposas (las mujeres) o musculosas (los hombres) de un éxito, si no logrado, sí al menos anunciado. Los folletines americanos transmiten los mismos iconos y del hecho de que padres franceses bauticen a sus hijos con los nombres de Sue Ellen o Pamela algunos concluyen que *Dallas* alimenta su subconsciente y deseos. A la pregunta: «¿Qué piensa usted de *Dallas*?» una encuestada francesa del medio «modesto» responde: «Es como algo propio», lo que habla por sí solo sobre la percepción indiosincrásica del mensaje... o sobre su aptitud para manejar los universales.

A finales de los años 1960 aparece el fenómeno de la «charterización». Amontonados en la panza de los Boeing 747, los turistas

APRÈS DIX ANS D'AMÉRIQUE VOICI CE QU'UNE FRANÇAISE APPRÉCIE ET CE QU'ELLE REGRETTE

J'ai



Laurie et John Sandifer habi-
tent une maison ultra-moderne
construite d'après les plans de
John. Il est architecte. Il a
l'impression, dans la maison,
de vivre au milieu des arbres.

Les deux filles du professeur a-
rent la tête en même temps : il
sont de surcroît. Elles épateraient
leur père. Quel plaisir d'être à la
maison ! Elles n'avaient pas été si
longue durant leur repas. La mère fut
froncée. Des gémissements étranges
évacuent plus son estomac que pas
à cette heure. Les deux filles, pa-
tant, repoussent leur chaise, leur
assise de se lever.

— Si c'est une Américaine, dis-
le professeur d'un ton sec, je me
dis que vous le fairez entre.

Il faut préciser que cette jeune
comptable, pour une sorte de ce-
règue et quelle que soit celle dans un
tel boîte nommée à l'avenir la
professeur Lambert relâche la
liberté de gagnons de Transat, a
installé sa famille lorsque les bateaux
descents rendirent la vie insalubre
dans la région du Havre. Les en-
fants de l'usine du débarquement avec
épuisés la villa louée à Fred
et Normandie, cette libérité, com-
me on appelle ça. Mais le pro-
fesseur : « La ville est à deux pas d'ici,
Américain, Pompigny ? ». Il lo-
sacrailler à bras ouverts, comme le
se révolte. Il avait même repris le
G.I.s chez lui. Hélas ? quidam
de ces gagnons troublants l'avait
déjà en boultant l'onde de sa vo-
ix, même les membres, était
sonnaise à la rigueur protestante.
Les Américaines sont tout en
éclats, comme le professeur.

Il s'efface par bout de temps, douché
évidemment d'eau. Ses filles, pour-
savaient le prendre. Le G.I. qu'il
trouvait, ce sous là, sur le pas de la
porte, avait sorti son calot. Il s'en
pelait Francis, Francis Whiteman,
et il parlait français sans accent.

Madeleine, pris seulement l'in-
térêt des opérations. Elle fit entrer
Francis dans la maison. Elle prouve
que ce G.I. n'aurait pas fait
rencontrer sous père avec l'Américaine.
Elle l'épousa six mois plus tard, à
venant l'une des premières à

élever un enfant à l'école.

DES « LIBERTY SHIPS » BOURRÉES D'ÉTRANGERS

Les armées américaines ont probable-
ment l'amitié qui a perdu sur
multiples théâtres d'opérations
plus de célibataires. Selon les
quelques, mais un vaste cercle, vers les États
Unis des « Liberty Ships » bâti-
d'Anglais, d'abord, d'Halifax
de Francia, croître — et d'au-
tant plus, au point de faire que
s'il est tout de même, on dit
avec Miss Battello, bien faire de
meilleur interlocuteurs. On va dire
à Washington, on va dire
dans les petites villes du T... —

pueden finalmente ir a tomar, sobre el terreno y sin mediador, la medida del sueño americano. Maravillosos viajes, pero peligrosos (se «hacen» los Estados Unidos en algunos días), pues su brevedad y los imperativos categóricos del *sight-seeing* les incitan a verificar *in situ* sus prejuicios sobre el país que visitan, del modo que el extranjero, al penetrar en el Louvre, «reconoce» en la Gioconda la «obra maestra» que se le ha enseñado. En la erección del mito americano, los manuales escolares juegan un papel mucho más ambiguo. Tienen su historia, que es la de una inversión. Durante la posguerra, los autores de manuales de geografía, fascinados por los «planes estalinianos de transformación de la naturaleza», se entregaban gustosos a la americanofobia, en tanto que los historiadores, más atentos a los «campos» político y jurídico, continuaban siendo críticos, pero con matices. El hecho de que la «naturaleza» soviética, ya fuese europea o asiática, humana o botánica, no hubiese obedecido a los designios del supremo decisor que conoce perfectamente las causas y efectos, llevó a los *lectores** que fabrican los manuales a modular las inclinaciones de su culto. Por su parte, los autores de manuales de lengua viva en un primer momento insistieron sobre la preeminencia del inglés: los textos —literarios y no periodísticos— eran ingleses, y los enseñantes —obligatoriamente franceses en todos los establecimientos públicos, exceptuados algunos «lectores»— oponían al acento inglés considerado como «distinguido» el acento americano considerado como «vulgar». La modificación se efectuó en los años 1975: no era posible predicar la excelencia británica y la trivialidad *yankie* a niños que, en el cine o en la televisión, se veían a menudo confrontados con la producción de los *mass media* americanos en «versión original» y a quienes los demás medios de comunicación de masas intentaban sumergir en la americanoesfera. De este modo se vio confirmada la segunda parte de la aserción de la célebre ocurrencia de Bernard Shaw: «Gran Bretaña y los Estados Unidos son un mismo país separado por dos lenguas diferentes.»

Los nacionalistas fervientes y los tradicionalistas obstinados no solamente se preocuparon por la decadencia del uso de la lengua francesa, sino también de su alteración por la adopción de palabras inglesas. Si pensamos, con Paul Valéry, que «el pensamiento es el hijo y no la madre de la lengua», la inquietud está plenamente justificada. Pero es preciso no confundir el efecto con la causa. No son las palabras anglosajonas las que comprometen la «pureza» de una lengua que el poder político promovió antaño —si antaño— al rango de la lengua de relación entre las clases dominantes de la Europa de los siglos XVII y XVIII, sino que es el poder de los Estados Unidos lo que incita —sin que exista obligación institucionalizada— a los habitantes de la americanoesfera a servirse honorablemente de la lengua de los dominantes. El problema no es nuevo, puesto que todo gallo que quería hacer carrera aprendía el latín. El fenómeno tampoco queda limitado al «mundo libre», puesto que en la sovie-

¿Un imperialismo lingüístico?

El ejército americano es probablemente el que ha perdido más solteros. ¡Los vencedores son también los conquistadores de corazones! 120.000 *GI brides*, con o sin niños, fueron aceptadas en los Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial. En el artículo de *Marie-Claire* de diciembre de 1954 las esposas francesas comentan su «americanización».

* En español en el original. [N. del T.]

toesfera el manejo del ruso es el viático indispensable para alcanzar el éxito social. Ahora bien, todas las presiones—oficiales, oficiosas, subterráneas—utilizadas para hacer retroceder, incluso para borrar del mapa a las aproximadamente sesenta lenguas reconocidas por la Constitución de la U.R.S.S., estado jurídicamente federal, no han conseguido que estas lenguas nacionales o territoriales y portadoras de sus respectivos códigos culturales, dejen de continuar utilizándose como vehículos de comunicaciones. Esto tranquilizará las inquietudes francesas. En los Países Bajos, el uso del inglés es tan corriente que los seriales americanos se proyectan por la televisión sin postsincronización ni subtítulos. Que nosotros sepamos, este país como tampoco Noruega, Suecia o Dinamarca, donde se enseña el inglés en la escuela primaria—no ha perdido su identidad nacional. El conocimiento del inglés —digamos del americano— se ha hecho indispensable porque las veleidades de la historia han querido que el *imperium* americano sucediese al británico. El inglés, lengua de viajes marítimos, aéreos y espaciales, ha triunfado allí donde fracasó el esperanto. Sin embargo, utilizado como código de comunicación, no es, en este empobrecimiento pragmático, portador de una cultura. En este sentido, salvo para los bilingües —y éstos son raros— es utilizado como mero instrumento y apenas interviene en la vida privada de los franceses, que continúa desarrollándose en la intimidad de la lengua nacional cuyo enriquecimiento léxico (previsto por su vitalidad) procede de numerosas palabras (*moraco**, *carroza***) que nada deben al americano. En Georgia continúa hablándose georgiano y el vasco en los Pirineos occidentales a ambos lados de la frontera. Así, pues, el francoinglés —o el francoamericano— no afecta a la vida privada de los franceses en el sentido que nosotros hemos dado a este sintagma. Otra cosa ocurriría si la influencia americana, superando el *corpus* léxico, contaminase a la sintaxis, esto es, a la «lengua» en el sentido saussuriano del término. Ahora bien, se trata de palabras, no de lengua. Se puede hablar tranquilo.

Los sondeos

Por el contrario, son los Estados Unidos quienes han exportado hacia Francia ese bien «cultural» de una naturaleza especial que es la encuesta de opinión, la cual, pretendiendo «sondear» a los silenciosos, desplaza la frontera entre lo dicho y lo no dicho y, desde este punto de vista, afecta a la vida privada, puesto que la línea de separación entre la existencia individual y el entorno social que le rodea se encuentra muy desdibujada. A finales de 1936, Roosevelt compite de nuevo en las elecciones presidenciales contra Landon, candidato republicano apoyado por el mundo de los negocios, que a su vez controla la mayoría de los periódicos y la radio. Un periódico americano que ha preguntado a millones de lectores anuncia la victoria triunfal de Landon. G. H. Gallup, periodista y estadístico, fundador de un instituto de sondeo, realiza un muestreo sobre un

* *Beur* en lenguaje hablado reciente es un modo peyorativo, con evidentes connotaciones racistas, para referirse a los árabes. [N. del T.]

** *Ringuaud* designa, en el mismo registro de lengua hablada, de forma peyorativa a una persona vieja y pasada de moda. [N. del T.]

conjunto de menos de 2.000 personas y anuncia la victoria de Roosevelt, quien logra 24 millones de votos contra los 16 de su contrincante. El IFOP nace en vísperas de la guerra. De ahora en adelante, los sondeos pertenecen a la vida política que al menos condicionan tanto como describen.

La investigación a través del sondeo, nacida en el campo de la política, penetrará en el terreno de la intimidad: muestras denominadas «representativas» nos proporcionarán informaciones pretendidamente «fiables» sobre el porcentaje de franceses que son «felices», que ya han conocido su primera relación sexual «completa» a los diecisiete años, y nos dirán si esta relación ha sido o no un «éxito» y si el compañero de pareja era del otro sexo (lo que es correcto) o del mismo (lo que está menos bien), etc. Esta ecografía social, originaria de los Estados Unidos, es hoy en día patrimonio de todos los países que participan en la larga marcha hacia la modernización.

Miradas cruzadas

Esta identidad francesa —que creemos amenazada— ni por un instante ha sido contestada por los americanos. El joven estudiante que se desplaza a Francia para pasar un año, muy lejos de encontrarla «americanizada», incluso si a su llegada maneja correctamente nuestra lengua, se siente enteramente desarraigado, estupefacto como está por el «exotismo» (para él) de nuestra manera de ser. Todo le sorprende: el sedentarismo de los franceses, la persistencia de la familia «extensa» y sus reuniones dominicales, la vida de los jóvenes en el hogar de los padres pasada esa edad en la que todo americano ha abandonado la casa, el comportamiento de la madre francesa, sirvienta de su marido y de sus hijos, la obligación del colegial o del estudiante de liceo de escoger una orientación irreversible a una edad en la que todavía no sabe lo que quiere, la variedad de los paisajes y de los tipos de hábitat, la importancia que se concede a la cocina, la ausencia de autodisciplina, el rechazo de la personalización de la responsabilidad y el incesante llamamiento a los poderes públicos, el desorden, la ausencia de gestión del tiempo, los guetos que constituyen los diferentes grupos sociales, el peso del pasado, en pocas palabras, la diversidad de códigos del saber vivir y saber decir en los cuales se pierde. Y sólo hablamos aquí —por conocerlos bien— de estudiantes cuyos estudios anteriores les han preparado para encontrar Francia. De sus testimonios concordantes pueden inferirse las reacciones probables del «turista de base» a quien se le ha ocurrido la idea sorprendente de visitar ese país ignorado por todos los periódicos americanos, raramente mencionado por la prensa nacional y casi nunca en primera página: Francia. La recepción oficial de un presidente de la República francesa —ya se trate del general De Gaulle, de Valéry Giscard d'Estaing o de François Mitterrand— ocupa la primera plana de la prensa francesa; es preciso curiosear en las páginas interiores del espeso *New York Times* para encontrar la misma mención. Menos de un americano de

*Mirada americana
sobre Francia*



Ausencia de vallados... En los barrios habitados por las clases medias, la vida privada se quiere transparente, abierta a los amigos y vecinos. ¿Se trata de transparencia o de una frontera más sutil de la vida privada?

cada diez será capaz de citar el nombre del presidente francés, y uno de cada tres no sabrá situar a Francia en un mapamundi.

La mirada americana, cuando consiente en posarse sobre Francia, es menos sensible a los parecidos que a las diferencias, y sobre todo a ésta: la opacidad de la vida privada. Pues, en los Estados Unidos, esta vida privada se quiere (lo que no quiere decir que lo sea) «transparente», visible («controlable?») por los amigos y vecinos. La puerta debe permanecer «abierta», no solamente la de (material) la casa, sino esta otra (más simbólica) que no debe separar vida profesional de vida privada. La mujer del «presidente» (al margen de que su territorio sea el de los de Estados Unidos o el espacio restringido de una modesta empresa) debe «presentar bien», «dejarse ver» dedicándose a tareas privadas: vida familiar, deportes y ocios, culto dominical, etc. No hace falta decir que estas normas no excluyen la transgresión (*¿no la provocan acaso?*). La «puerta abierta» no impedirá que una vida privada se enmascare detrás de la vida privada-pública, y la puerta cerrada no desanimará la curiosidad investigadora del otro. Hablamos aquí de códigos, no de lo que ellos ocultan.

Mirada francesa sobre los Estados Unidos

El francés que desembarca en los Estados Unidos se encuentra menos sorprendido. La absorción de innumerables productos culturales americanos, que no llega a afectar a los factores fundamentales

de su vida, le ha informado. ¿Qué es lo que más le sorprende? La eficacia no «intelectual» de un sistema educativo (familiar o escolar) que responsabiliza al individuo hasta llegar a convencer a los excluidos de su culpabilidad; la obsesión confesada por el dinero y la valoración de la persona en función del número de dólares que gana; la recurrente referencia a la Biblia en el discurso político, lo que no excluye la utilización de los medios por todos conocidos para mantener el *imperium* americano; la financiación de la caída de Allende y la instauración del Terror blanco en Chile, pero también la destitución de Nixon por mentira, corrupción e «indiscreción», en pocas palabras, por falta de una deontología que preocupa poco a la clase política francesa; la aceptación de una marginalidad (al menos en California) que será «recuperada» y confortará a un sistema que percibe en lo subversivo de hoy en día lo convencional de mañana; la ignorancia de lo que ocurre en otros lugares, incluso si ese «otros lugares» cae bajo el área de influencia americana; la disciplina en las carreteras, en las que se muere tres veces menos que en Francia; sin embargo, la violencia. El francés, obsesionado por la psicosis de seguridad, descubre en los Estados Unidos la realidad de la violencia. Un «suceso» relatado por el *International Herald Tribune* del 14 de febrero de 1985: el 22 de diciembre de 1984, en el metro de Nueva York, Bernard Goetz es amenazado —o cree serlo— por un grupo de jóvenes negros que le piden 5 dólares. Desenfunda una pistola del calibre 38, dispara sobre ellos y desaparece. En unas pocas horas se convierte en *superman*. Desde Nueva York, Chicago, Miami, Montreal, incluso desde las islas Hawái, oyentes y telespectadores intervienen en los medios de comunicación para aprobar en un 90 % este acto de valentía. Algunos ofrecen 50.000 dólares para pagar su fianza. Otros organizan colectas. Algunos finalmente quieren hacer de él el próximo alcalde de Nueva York. La madre de una de las cuatro víctimas expresa su simpatía por el héroe. Incluso antes de su arresto se venden en Manhattan *T-shirts* con la inscripción: «Goetz contra los golfos: 4 a 1». Seis horas antes de su arresto, se editan un millón de ejemplares de un librito, *B. Goetz, ¿guarda o víctima?*, que se difunde en todas las grandes ciudades. La realidad de la violencia americana y el carácter horrible de los asesinatos son inimaginables por los franceses. Henry Lee se vanagloria de haber asesinado a trescientas personas en diez años, preferentemente mujeres y niños. En 1983 habrá 150.000 desapariciones, 23.000 homicidios (de ellos 4.000 sin móvil aparente), más de 100.000 violaciones. En Nueva York cada tres minutos se produciría una violación; cada quince minutos un ataque a mano armada; cada dos horas, bien una violación, bien un suicidio, bien una muerte por sobredosis; cada cinco horas, un asesinato... y ¡Nueva York sólo ocupa en la lista de ciudades americanas más inseguras el decimosegundo lugar! País inmenso por el que vagan asesinos imposible de capturar, en el que no se conoce el carné de identidad. Todas las tentativas para crear este documento han sido rechazadas con horror y consideradas como prácticas indignas de un país democrático. En algunos Estados, la fotografía no figura en el permiso de conducir. La segunda enmienda a la Constitución concede a todo el mundo el derecho de poseer y llevar un arma. En algunas raras localidades, su posesión es incluso



A propósito del asunto Goetz, los Angeles guardianes, personas desinteresadas que se encargan de asegurar la seguridad en el metro, expresan su aprobación de la autodefensa. La IRT es una línea de metro neoyorquina tan frecuentada como la línea Clignancourt-Porte d'Orléans en París. Para justificar la violencia se acostumbra a decir que el Oeste americano no ha sido conquistado por personas educadas y corteses (*«by people who kept saying please all the time»*).

exigida. La prensa sensacionalista afirma que cada trece segundos se vende un arma. El FBI tropieza con policías locales que defienden su territorio. En Nashville se detiene a un hombre, J. Hinckley, que se dispone a embarcarse en el avión con tres revólveres y municiones. Capturado a las 3 h. 13 minutos es liberado, después del pago de una multa, a las 3 h. 47. Unos meses más tarde, este mismo hombre intenta asesinar al presidente Reagan. La televisión relata violencias reales y no ficticias: se sigue atentamente una emisión dedicada a los incendios voluntarios en el Bronx. Ahora bien, en los Estados Unidos, la radio o la televisión están perpetuamente encendidos. Las encuestas nos muestran que el niño de seis años, a menudo solo en su casa, ve la televisión cuatro horas al día, pues los padres no pueden ejercer un control. Estas violencias televisivas, forma moderna de los juegos circenses, suscitan probablemente repulsión y deleitación en un público sin embargo hastiado. Pero ¿acaso el americano que tiene miedo está dispuesto a pagar más impuestos para construir prisiones y hospitales psiquiátricos? ¿Exige, como el francés, incessantes controles de identidad?

La respuesta es negativa. En 1911, Ostrogorski escribía: «El americano, confiando en el porvenir, manifiesta una notable resistencia ante los males presentes.» Con el miedo, el americano de las ciudades aprende a vivir bajo la vigilancia de los circuitos integrados de

TV, a desplazarse en un coche con las cerraduras echadas y a vivir en una casa con las ventanas fijas. Para el francés que vive en esta sociedad multirracial, en la que son innumerables las posibilidades de enfrentamientos étnicos, socioeconómicos, políticos e ideológicos, la mayor sorpresa puede ser ésta: no existe debate permanente sobre la «elección de sociedades»... ni siquiera para reconocer un acuerdo sobre las divergencias. Los medios de comunicación de masas, evitando ignorar las heridas del cuerpo social, en ningún momento ocultan lo que pasa, soslayando cualquier etiología posiblemente traumizante. Por ejemplo, celebran los «logros» sin preguntarse sobre las condiciones que los han producido. Mucho más: la inseguridad, la ira y el miedo cimentan un consenso que, reuniendo a ricos y pobres, blancos, negros y amarillos, habitantes del campo y de las ciudades, perpetúa este orden al cual la mayoría de los americanos dicen aspirar. La indignación crea un club del cual todos los virtuosos pueden formar parte.

La percepción diferencial del mismo referente hace pensar que las miradas pueden cruzarse sin verse. La obra y la personalidad de Chaplin expresan la perfección esta ambigüedad. La película *Tiempos modernos* (1936) fue mejor acogida en Francia que en los Estados Unidos, aunque Georges Duhamel haya denunciado en el cine «una diversión de ilotas y un pasatiempo de iletrados». Pero ¿admiraron los franceses la película o aplaudieron la crítica antiproductivista? En el *Cáncer americano*, publicado en 1931, Robert Aron y Arnaud Dandieu habían descrito al americano como «un nómada, un desarraigado, sometido solamente al imperativo bárbaro de la producción y de la especulación sin provecho». En 1934, la quiebra de Citroën, el mismo año del lanzamiento de la «tracción delantera» y un año antes la aparición del prototipo del 2-CV, regocija a las conciencias tibias: ¡André Citroën había merecido su fracaso, puesto

Miradas se cruzan...

JEWS — BUY GUNS! *Non Keys le facen Pd.*

Neo-Nazis, Ku Klux Klan, Communists, Hanafi ~~Muslims~~ *que facen Pd.*

Innumerable hate groups exist today in America, all of which seek the destruction of the Jewish community.

DON'T BE FOOLISH. IT CAN HAPPEN HERE. BUY A LEGAL FIREARM TODAY.

Among other evils which being unarmed brings you, it causes you to be despised.
— Machiavelli

FOR EVERY JEW A 22

JDL

78 Madison Avenue,
New York, NY 10016
(212) 661-3041

Ante la marea del antisemitismo y violencia muchos judíos se integraron en «Liga judía de defensa» (California, 1981).

que era judío y había adoptado los métodos americanos de producción en cadena! También era judío Charles Spencer Chaplin, pero hasta tal punto crítico respecto a la sociedad americana que incluso Bardèche y Brasillach, en su *Historia del cine* publicada en 1935, consienten en reconocerle su genio. Este inglés, que al parecer siempre rechazó la naturalización americana, aunque los Estados Unidos ofrecieran al emigrante que él era una posibilidad de éxito —financiero sobre todo— impensable en cualquier otra sociedad, abandonará América en octubre de 1952 para rodar en Londres su antepenúltima película, *Un rey en Nueva York* (1957), requisitoria despiadada contra un determinado mundo neoyorquino. Una biografía ejemplar susceptible de satisfacer el antiamericанизmo endiabulado de los franceses.

¿Qué encuentro? ¿Antagonistas, protagonistas o iguales?

El empleo del tiempo

El empleo del tiempo es un fenómeno cultural, y el peso del pasado deja en él su impronta. En Francia, a poco que se pertenezca al estrato superior de la clase dominante, es conveniente estar «desbordados», aplazar incesantemente citas que el solicitante declara urgentes, llegar después de las nueve a las cenas en la ciudad, no responder a las cartas, no recordar a quienes han dejado un «mensaje» telefónico, etc. Los americanos han elaborado técnicas de



Aunque esta costumbre tiende a desaparecer en las grandes ciudades, ir de compras con los rulos puestos permite ganar tiempo. La apariencia cuenta menos que la eficacia.



Para ganar tiempo (o para no comer solo), el *drive-in*. Para mayor rapidez, a veces se traen los platos en patines de ruedas...

gestión del tiempo que se enseñan en las *high schools*. La finalidad siempre es la eficacia, y existen dos palabras para designarla: *eficiente* (la tarea será efectuada en el mínimo de tiempo) y *efectiva* (su objetivo será alcanzado). El concepto de *planning* viene de los Estados Unidos. El americano, liberado de una historia que apenas le ha sido enseñada, vive en el presente y se proyecta constantemente hacia el porvenir. Su subconsciente es más prospectivo que retrospectivo. No partirá *A la busca del tiempo perdido*. El electrodoméstico, el teléfono, el télex, el microordenador, etc., han creado un tiempo «libre» que el francés se apresura a llenar. Estos instrumentos que permiten «ganar tiempo al tiempo» (como proclamará en los años 1980 la publicidad en relación al TGV) son percibidos en un primer momento como alienantes. En su «Bloc de notas» de *l'Express*, François Mauriac denunció en 1959 «la idolatría de la técnica, de todas las técnicas inventadas por el hombre y a las cuales el hombre se esclaviza, la locura de la velocidad, esta tornada que aqueja a todos los carneros de Occidente, una trepidación a la cual ninguno de nosotros escapa, una desmesura en todas las cosas, que es la cosa en el mundo más dispar de nuestro genio».

La feliz gestión del tiempo crea la disponibilidad. Si el acceso a los «decisores» (presumidos) es más fácil en los Estados Unidos que en Francia, el sólo gusto del aprovechamiento no explica por si solo

la proximidad de la cita. Puesto que el retroceso de la «frontera» pasa por la innovación y por la decisión de emprender, es preciso no dejar escapar una idea nueva. La frase de W. Bagehot (*«no existe ningún sufrimiento comparable al que provoca en el hombre una idea nueva»*) es inglesa, y no americana. No queda excluido que «esta idea nueva» sea lucrativa. Sería entonces una feliz coincidencia. *¿Time is money?* En efecto, pero este tiempo «ahorrado» puede también dedicarse a la información, condición de una posible empresa. Es precisamente dentro de esta distribución del empleo del tiempo donde se inserta la práctica del *fast food*, que se impone en Francia a pasos agigantados, sobre todo en los jóvenes (el 60 % de los clientes tienen menos de veinticinco años; en 1984 hay 16 *McDonald's* en Francia, contra 150 en Gran Bretaña, 200 en la RFA y 6.500 en los Estados Unidos). El acondicionamiento de espacios de juegos reservados a los niños se explica por la costumbre americana de llevar a los muy jóvenes al restaurante, en tanto que en Francia, en caso de salida, se prefiere dejarlos en casa.

Es igualmente la concepción americana del tiempo lo que ayuda a explicar la elevada tasa de divorcios. Se impone la convicción de que se tiene «tiempo por delante», que después de un fracaso siempre se puede volver a empezar y tener éxito. El matrimonio es una empresa demasiado seria como para añadir resignación a la mediocridad. *¿Se ha fracasado en Nueva Inglaterra? ¿Se reincidentará en California o en Tejas, y entonces se alcanzará el éxito?* La ejemplaridad de la pareja Reagan proporciona la prueba de que a menudo es en el segundo intento cuando se alcanza la felicidad.

La explosión en pleno vuelo de la nave espacial Challenger el martes 28 de enero de 1986 fue un acontecimiento que trastornó a todos los americanos, pues les recordó que, si ninguna «frontera» es infranqueable, el progreso que conduce siempre más lejos, más rápido, más alto, exige sus mártires. La frase de Ronald Reagan: «Lloramos siete héroes, continuaremos nuestra conquista del espacio», hubiera podido ser pronunciada por cualquier ciudadano con independencia del color de su piel. En Francia, es el eterno retorno; en los Estados Unidos el eterno volver a empezar. Es preciso imaginar a Prometeo liberado de sus cadenas.

El muro y el césped

«La extensión de los Estados Unidos, excluyendo Alaska, equivale a catorce veces la de Francia». El adulto francés olvida esta verdad que se enseña a los niños. Ya se trate del *king-size bed* (cama real) de dos metros de largo, de los emplazamientos de aparcamiento para «la bella Americana», de los *ice-creams* monumentales, de los enormes *steaks* (que explican el *doggie-bag*, percibido por los franceses como una trivial recuperación), de las piscinas espaciosas o de los toboganes vertiginosos, América es el país de la desmesura. Allí se habla a menudo de un viaje de «cuatro días de coche», lo que nunca equivale a más de 3.600 kilómetros, conduciendo diez horas al día y respetando la limitación de 55 *miles* por hora (y se respeta). En este espacio inmenso, todo el mundo se desplaza incesantemente: una familia americana de cada seis se traslada una vez al año, en tanto

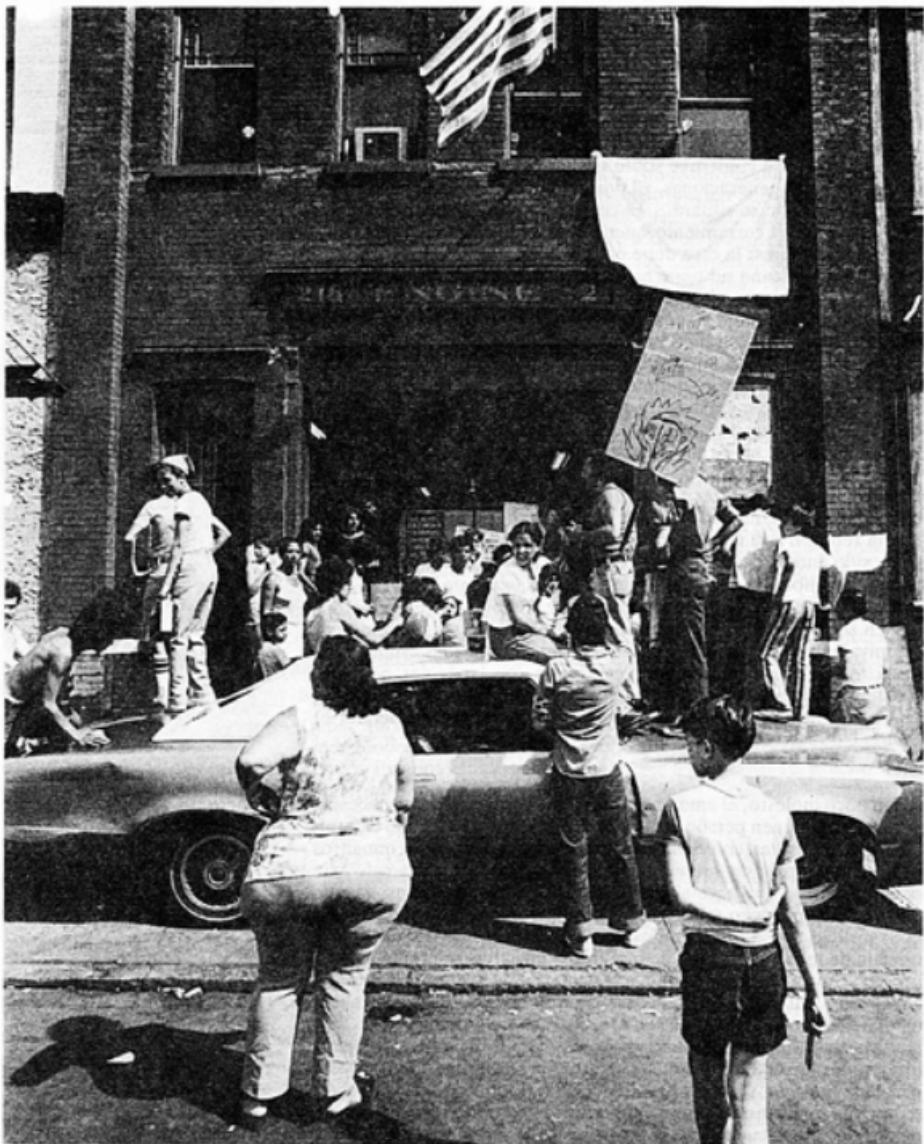
que el obrero de Decazeville ha rechazado el «exilio» en Fos-sur-Mer. Desde el primer año de *college* (que corresponde más o menos a nuestro terminal), a menudo antes, el joven abandona su familia. «*Go west, my son*», se decía a los pioneros. El espacio, ya sea terrestre o interestelar, se hace para ser conquistado, domado. Es el lugar de una hazaña posible antes que dato de base (a la francesa).

La casa particular es (o se querría que fuese) amplia, generalmente de madera y se construye sobre un *basamento* de hormigón para durar una o dos generaciones. El porvenir nos pertenece, pero como no se sabe dónde se situará... El césped que la rodea alcanza a las casas vecinas. El cerramiento queda prohibido, no por la ley, sino por las costumbres: la casa debe permanecer abierta a los extraños, y el buen americano no tiene nada que ocultar. Las *GI brides* francesas sufrieron a menudo esta «sociabilidad» que consideraron excesiva. Fueron reprendidas, cominadas a desplazar la frontera de su vida privada... o de su hipocresía. Cuando Francia dejó la OTAN, Châteauroux II fue abandonado por los americanos. Los franceses tomaron posesión de este mundo de pabellones que respondía a sus expectativas. Setos, cercados y paredes rodearon las casas; ya no existe el problema de que el vecino «anda sobre mis arriates» o «lanza piedras en mi jardín», puesto que «una puerta abierta lo está a todos los abusos».

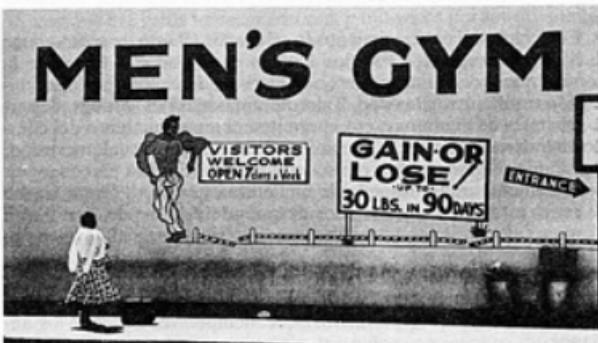
El hecho de que el territorio francés se encuentre exigua y densamente poblado (comparado con el de los Estados Unidos) determina que la relación con el espacio tal y como se vive en América nunca haya sido interiorizada por los franceses, pues las diferencias de escalas prohíben la imitación. El modelo fascinante (la gran casa sobre el césped), a veces inquietante (ver cómo lo representa Hopper en sus cuadros), pertenece, una vez más, a un universo mítico. ¿Equivale esto a decir que las grandes casas americanas están abiertas a *todos* los extraños? Los vecinos no son cualquier persona. Existe el *zoning*, con sus procedimientos de exclusión de los indeseables, incluyendo a los niños. El lugar de residencia denota el *status*. Un rasgo común entre franceses y americanos.

Un poco molesto, el americano dice: «Es verdad, tenemos obesos, pero ustedes tienen personas de aspecto lamentable»⁴. Todo el mundo ha visto en las *coffee-shops* a americano(s) engullir inmensos helados cubiertos de merengue... mientras endulzan su café con sacarina. Por lo que hace al «lamentable» francés, es una especie de Saladino, delgaducho y nervioso, voluble y envidioso, que cotiza a la Seguridad Social, vituperador de un Estado al que por otra parte no deja de recurrir, incapaz de tomar una iniciativa diferente a la del proceso contra el otro, que ahoga la nostalgia de la grandeza perdida en el vino tinto que riega sus trescientos quesos. Para el francés mediatisado los americanos son Greta Garbo «la divina», Liz Taylor, Marilyn Monroe, Paul Newman, Robert Redford, etc. Para el observador lo son también el Dr. Westlake y su mujer Carol, prisioneros de la *Main Street* de Gopher Prairie. Detrás de estos clichés, se impone una constatación: a ambas orillas del Atlántico el «cuerpo de Narciso» se encuentra en vías de mejora. «Tu aspecto exterior me

*El obeso
y el deplorable*



dirá quién eres.» En el terreno del «cuerpo triunfador», la iniciativa corresponde a América. Las estadísticas (supongámoslas fiables) nos informan sobre el esfuerzo emprendido y sobre los resultados logrados: entre 1960 y 1980 el número de americanos que practican un deporte ha pasado de 50 a 100 millones; la «puesta en régimen» ha hecho bajar espectacularmente el número de enfermedades cardiovasculares, la diabetes y la obesidad. Aunque los americanos auto-financian un tercio de sus cuidados médicos, las tres cuartas partes de sus cuidados dentales y las cuatro quintas de sus gastos en medicinas, cada vez serían más quienes, al margen de su nivel de renta, consultan a los médicos. La campaña antitabaco ha sido un éxito: en los hombres, los no fumadores serían tan numerosos como los fumadores. *Marie Claire*, en su reaparición después de la guerra, se convierte en paladín de la dietética. Consecuentemente se traducen numerosos bestsellers americanos escritos por nutricionistas, y las revistas (*Vital*, *Biba*, *Prima*, etc.) entonarán el himno a la belleza del cuerpo con una «atrevida» sinceridad que autocensura el puritanismo de más allá del Atlántico. Queda el hecho de que, en el momento en el que se escriben estas líneas, en la competición histórica que opone Cranach a Rubens, es el primero el que va ganando la partida. La silueta casi andrógina expresa la victoria de la voluntad sobre la voracidad. En los años 1950 la prensa francesa especializada nos informa de la lucha victoriosa en Hollywood de Martine Carol contra los kilos (recordemos que la serie de los *Caroline* comienza en 1950 y que *Lola Montes* de Max Ophuls es de 1955). Martine bebe leche, come frutas, hace deporte y renuncia al tabaco y al alcohol, «que estropean el cutis», etc. ¿Su recompensa? Rodará una gran película en CinemaScope. Los franceses —todos los médicos lo confirman— eran sucios —¿lo son todavía?—. La lucha contra la mugre nos viene del Nuevo Mundo donde está vinculada a la higiene. Es conveniente lavarse los dientes (e incluso la lengua, para el aliento) antes de acostarse y renunciar al consumo de azúcar para evitar las caries. La ducha-teléfono no existe —o apenas— en los Estados Unidos; al permitir lavados localizados, es a la vez contraria a los imperativos



Página contigua:

Ninguna mirada reprobadora se posa sobre el obeso. ¿Por qué tiene que adelgazar? Una estancia en Francia puede incitar al régimen.

«Estamos fastidiados, se come demasiado», canta Carlos. Pero el culto al cuerpo revela una preocupación esencialmente narcisista.



Sun City, Arizona. Voluntad de seducción y culto al cuerpo forman parte integrante del *american way of life*, incluso durante la jubilación...

de la higiene y a las normas éticas. La ducha americana —una tromba— asegura limpieza y purificación. Si la naturaleza os ha dotado de algunos elementos antiestéticos, y reversibles, no dude usted en recurrir a la cirugía estética. Usted no es responsable de su código genético. Entre 1981 y 1984 el número de estas intervenciones ha crecido en un 61 % (477.000 sólo durante el año 1984), la mayoría con la finalidad de rejuvenecer. Pues es necesario envejecer feliz.

El rechazo del envejecimiento (o, al menos, el arte de acomodarse a él) comienza en los Estados Unidos en los años 1960. Ante la comisión *ad hoc* se interpusieron numerosas demandas por discriminación resultante de la edad. Talasoterapia, masajes, *liftings*, deporte, cócteles de vitaminas, etc., permiten el mantenimiento del cuerpo en todos sus estados. Es posible volver a casarse a cualquier edad. Los Panteras grises viajan por todo el mundo. Francia parece seguir cómodamente esta búsqueda de una eterna juventud. Greta Garbo se retira a los treinta y seis años después del fracaso de *Two Faced Woman* («La mujer es una esfinge sin misterio», decía malévolamente Oscar Wilde, quien, como es sabido, tenía otras preferencias). Simone Signoret, la belleza de *Casco de oro* exhibe, incluso en su agonía, un rostro devastado que suscita admiración y respeto, como ocurre en los pueblos primitivos, que siempre veneraron a los ancianos.

«Seguramente América es el país del mundo en el que el vínculo matrimonial es más respetado y donde se ha concebido la idea más alta y justa de la felicidad conyugal.»

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

«¿Cómo puede vivir una mujer sin la mirada del hombre, ávido espectador de su vida y persona?»

COLETTE

La escuela americana alienta una determinada segregación sexual. La impronta que deja su carácter mixto va acompañada de una repartición de papeles. Constituye objeto de burla el muchacho que se inmiscuye en los círculos femeninos, lo que ocurre también en Francia. En las actividades deportivas —esenciales—, los muchachos son actores, las muchachas hinchas. Después empieza el sistema del *dating* en el que los jóvenes, siguiendo un rígido ritual, remedan a las parejas mayores. Las salidas «en pandilla» no son tan habituales como en Francia. Durante el *dating*, se hace el aprendizaje del *necking* y del *petting* antes del acto sexual «completo» que, al parecer, tiene lugar en las mismas edades que en Francia. No obstante, a falta de información suficiente, y no solamente en las minorías negras y latinoamericanas, sino también en los blancos, esta «realización» no deja de tener consecuencias puesto que, según un informe del Instituto A. Guttmacher de 1985, las americanas *teenagers* serían las campeonas en los embarazos juveniles: 96 de cada 10.000 (contra 43 en Francia), esto es, un millón por año.

El justiciero solitario, heroico, incluso invencible, por supuesto seductor, pero resistente a las tentaciones de la carne para cumplir la «misión» por la que se siente poseído, es una figura que pertenece a la mitología americana, ya se trate del *lonely cowboy*, de Philip Marlow o de Travis MacGee. La gran figura de Lincoln encarna la soledad de uno de los Padres fundadores, indiferente a las mujeres, a la suya sobre todo, y de la cual se guarda mucho de recordar que era alcohólica y que estaba medio loca. Si el espacio francés es «una área intersexual en la que el amor, el odio, el interés, el poder y el discurso sobre estos temas pasan una y mil veces por las proximidades de los cuerpos» (M. Sarde), en los Estados Unidos del siglo XIX, incluso en los Estados en los que, a partir de 1869, las mujeres tienen el derecho al voto, la sociedad femenina, fundada sobre asociaciones que se apoyan en la Iglesia, se constituye en una relativa marginalidad. Los *westerns* nos muestran la grandiosa soledad de los héroes, tanto de los buenos como de los malos, y Charlot, el antihéroe de la *Quimera del oro*, sólo tiene panecillos para bailar con él. El francés tiene fama de practicar el culto a las damas, conocer su lenguaje, glorificarlas, quizás con la finalidad de mantenerlas en su lugar, el segundo. El americano percibe más bien a la mujer como una compañera —¿protagonista? ¿antagonista?— cuyo papel y función es conveniente volver a definir incesantemente. Para el hombre sólo existe un servicio *rent a wife* que, a cambio de dinero y durante una noche (siempre manteniendo la castidad), os proporcionará una «esposa profesional» que acostará a los niños, cocinará y, durante la

*Un hombre y una mujer.
La espera*

cena, será el ama de casa. Los numerosos clubes y asociaciones unisexuales, en los que no se admite al otro sexo —salvo a título excepcional y provisional (de conferenciente, por ejemplo)— no tienen —o todavía no tienen— su equivalente en Francia. Y, sin embargo, este *apartheid* relativo (iguales pero separados) no prohíbe una considerable inversión en la pareja conyugal. El «éxito» se impone tanto en la intimidad como en la vida pública, pues se prefiere el divorcio a una coexistencia no pacífica.

Después de los movimientos contestatarios de los años 1965-1975 (experiencias comunitarias, cambios de parejas, etc.) que afectaron no tanto al Middle West como a California, las cosas han vuelto al estado *ex ante*. Encuestas realizadas durante los años 1980 nos muestran que la mayoría de los entrevistados estiman su matrimonio «más logrado» que el de sus padres, y nueve de cada diez afirman que es en la pareja donde encuentran «la razón principal de su felicidad». Sobre la sexualidad conyugal sólo cabe hacer conjjeturas intentando desprenderse de los prejuicios y de las ideas convencionales. El macho americano se sentiría incomplejo en relación al europeo, y, si es blanco, en relación al negro, a quien se le atribuye una sexualidad inextinguible. El *Informe Hite* (119.000 cuestionarios, pero únicamente realizados sobre «voluntarios», esto es, sobre una muestra considerable, pero no representativa, de toda la población) no proporciona revelaciones estrepitosas del mismo modo que tampoco permite captar una «separación» significativa (ni una interacción) entre las sexualidades francesa y americana. El 99 % de los hombres reconocen masturbarse («tengo al menos dos vidas sexuales, una con mi mujer, otra conmigo mismo», declara un encuestado); el acto sexual es más apreciado por la expresión de ternura que permite que por el orgasmo en el cual —en el mejor de los casos— desemboca; las mujeres prefieren las caricias largas al coito corto, etc., otros tantos lugares comunes que nada tienen de específicamente americano.

*Un hombre y una mujer.
La vida conyugal*

Mientras que la tradición francesa tolera las desviaciones a la norma conyugal que provienen del marido (quien, desde hace dos decenios, ha debido resignarse a las de su mujer), la ética (*oficial?*) americana en cambio condena el adulterio. En el período de entreguerras, André Maurois señalaba que «la relación sentimental mostrada públicamente, tal y como se ve en París y en Londres, la pareja ilegitima que el mundo cómplice reúne todas las noches en parejas legítimas, no existe en la sociedad americana». Añadía que el adulterio «no juega el mismo papel que en Europa como atemperador de la monogamia, que se ha hecho soportable (en los Estados Unidos) gracias a matrimonios sucesivos». Una anécdota ilustraría esta prohibición del adulterio. En 1984, en Tulsa (en Oklahoma es cierto, es decir, en el centro sur del país, muy lejos de las tolerancias californianas o neoyorquinas), tres miembros de la «Iglesia de Cristo» (dos millones de miembros) denuncian públicamente como «fornicadora» a una divorciada de treinta y seis años, madre de cuatro niños, por mantener relaciones con un soltero, y la obligan a abandonar esta secta «en nombre de la Biblia». Ante esta intrusión en su vida



privada —y ahí está el interés de este asunto—, la dama incriminada presenta querella ante un tribunal de este Estado y obtiene una indemnización por daños y perjuicios. Tulsa está lejos de Francia donde, según un sondeo de 1966, las tres cuartas partes de los muchachos y de las muchachas de menos de veinticinco años no encontraban «el divorcio preferible al adulterio». Sin duda pensaban, como Alejandro Dumas, que «las cadenas del matrimonio son tan pesadas que hace falta dos personas para soportarlas... e incluso a veces tres». El americano, que cree en la competencia de los especialistas, no titubea en solicitar los consejos supuestamente lúcidos de un psicoanalista o de un sexólogo que le ayude a afrontar sus problemas: fe en la perfectibilidad de la pareja, y fe en el saber de los expertos. Si este último recurso fracasa se llegará al divorcio, seguido —se espera— de un segundo matrimonio.

Para una persona respetable siempre es desagradable ser visto entrando o saliendo de una sala especializada en la proyección de películas pornográficas. A partir de ahora el vídeo permite proyectar y ver estas películas tantas veces como se quiera en el cuarto de estar (se manda a los niños a la cama o fuera del cuarto) y, por qué no,

Comunión solemne o baile de los *deb's*? Ni una cosa ni otra. Se trata, en los años 1960, del final de ese rito de iniciación que constituye la entrega de diplomas en la escuela secundaria.

El «hard core» en el cuarto de estar?

El justiciero solitario, seductor, heroico, incluso invencible, se muestra casi impermeable a las tentaciones de la carne para cumplir la misión por la que se siente poseído.



en la intimidad del dormitorio. La compra —o el alquiler— de la grabación se hará en algún hipermercado, preferentemente alejado del lugar de trabajo o de residencia. ¿Puede una sociedad que persiste en apelar a la moral puritana aceptar la privatización de este *voyeurisme*? Y ¿puede sin contradecirse una sociedad mercantilizada, que no deja de alabar los beneficios de la libre competencia y de reiterar su convicción de que el hombre es capaz de autodisciplinarse, erigirse en censora de fantasmas? Asociaciones familiares y ligas feministas han presionado sobre las autoridades locales, algunas de las cuales han intentando acciones legales contra comerciantes. Éstos (¿también los puritanos?) han alegado en su defensa la libertad de elección del consumidor. El Tribunal Supremo, en sentencia de julio de 1985, ha establecido entre «lubricidad» y «concupiscencia» una distinción de una tal sutileza que la contradicción entre la ética y el lucro económico no ha sido superada. Si hemos comprendido bien, no se prohibirán las películas y libros que se limiten a suscitar

«el despertar de las relaciones sexuales». Por el contrario, serán perseguidos los autores de obras «obscenas». Los sabios de la República americana han sido sin duda más sensibles a la etimología de la palabra (*obscenus*, de mal presagio) que a estas palabras de una heroína de Molière: «¡Ah! Dios mío, obscenidad. No sé lo que esta palabra quiere decir, pero me parece la más bonita del mundo.» La frontera entre propensión y consumo permanece difusa.

La sensibilidad francesa —¿más tolerante?, ¿menos hipócrita? o ¿latina en la tradición del Aretino?— no se ha movilizado en relación a este problema. Anuncios muy «privados» y servicios de *call-girls* salen a la luz del día y funcionan sin suscitar las quejas de los guardianes de la virtud. La iniciativa de Mme. Yvette Roudy, ministra de los Derechos de la Mujer, de someter a votación una ley que prohíba la utilización del cuerpo femenino como imagen publicitaria ha sido acogida con sonrisas burlonas y apenas ha producido, o no ha tenido en absoluto, efectos.

No corresponde a los poderes públicos reglamentar la vida imaginaria. La administración de los PTT se niega a suministrar facturas detalladas de las comunicaciones telefónicas apelando al respeto a la vida privada. En los Estados Unidos (en nombre del «comercio franco y honesto»), estas precisiones son suministradas para todas las llamadas interurbanas.

¿Escapa la homosexualidad en los Estados Unidos a la condena ética y al poder médico? Y si la respuesta es positiva, ¿se ha propagado la «liberación gay» a Francia? Aquí tampoco ha podido probarse la influencia del «modelo americano». En ambos países el reconocimiento oficial de la especificidad homosexual data de finales de los años 1960. Un sondeo americano realizado en 1957 revela una reprobación casi unánime de la homosexualidad, mientras que, en 1976, sólo un tercio de los encuestados expresan una condena sin paliativos. Es sin duda en los *campus* y en determinadas ciudades de los Estados Unidos donde los homosexuales han podido empezar a llevar, sin enmascararla, la existencia que ellos han elegido. Pero allí, como en Francia, esta «aceptación» estaba —está siempre— circunscrita con precisión. Siempre se cita el barrio de Castro Street de San Francisco, donde los gays (representan el 17 % de la población total de la ciudad) han tomado el poder cultural, económico y político, renovando el barrio y multiplicando sus manifestaciones públicas. Se señala también una escuela para los jóvenes homosexuales subvencionada por fondos públicos y abierta en Nueva York. Pero si es fácil ser gay en Castro Street y en Saint-Germain-des-Prés, en cambio es arriesgado proclamar la propia homosexualidad en Tulsa o en Vesoul. Si es cierto, como afirmaban los romanos, que la naturaleza humana es estructuralmente bisexual, todavía queda mucho para conseguir que se borren casi dos milenios de condena cristiana. Evidentemente es imposible saber si el porcentaje de homosexuales es más elevado en los Estados Unidos que en Francia (y ¿de qué homosexuales se trata? ¿De quienes asumen casi ostentatoriamente su condición? ¿De quienes se ocultan tras una vida familiar perfectamente «honorable»? ¿De quienes, veleidosos, retroceden ante el acto y viven su homosexualidad mediante

¿Una liberación «gay»?

«Estoy orgullosa de que mi hijo sea homosexual.» La violencia de la exclusión llama a la misma violencia a la hora de exigir el respeto de los derechos de las minorías culturales.



**STOP
U.S. WAR
IN CENTRAL
AMERICA & THE
CARIBBEAN!**

STOKE AIDS

WASH. D.C. JULY 12

**LESBIAN & GAY
CONTINGENT**

T41-0633

un juego fantasmagórico absolutamente secreto?). La concentración de gays en lugares precisos —guetos— prueba que constituyen una minoría a la defensiva que, finalmente, siempre es rechazada por la sociedad global. La aparición del Sida, que siembra el pánico en la comunidad e implica la «reconquista» del barrio de Castro Street por los heterosexuales, es un inesperado regalo con el que se ha obsequiado al siempre latente fundamentalismo americano. Se ha probado que existe una justicia inmanente y que la sodomía es un pecado mortal, puesto que, metafóricamente, mata la vida del cuerpo antes de condenar el alma.

El americano consideraría gustosamente al francés como un individuo cuyas perpetuas vacaciones se ven interrumpidas por algunos instantes de trabajo. De esta columna puede retenerse que en los Estados Unidos, al continuar la ética protestante alimentando el espíritu del capitalismo, el trabajo no es percibido como un atentado contra la vida personal, sino como la esencia de la existencia. El espíritu competitivo, inculcado desde la más tierna infancia, acompaña a la socialización del individuo. El éxito profesional es la condición *sine qua non* para la realización de la propia identidad. El francés se burla del «comerciante de cacahuates» y del «actor de películas de serie B» que se convirtieron en presidentes; el americano toma la medida de los riesgos que corre, el trabajo realizado, de la moralidad de Carter, de la experiencia política de Reagan, en pocas palabras, de la energía empleada en una marcha que ha conducido a estos dos hombres hasta el lugar supremo.

La acumulación de dólares es más apreciada como «signo» de éxito que como modo de adquirir cosas. El americano, enamorado de un trabajo del cual no puede prescindir, verdadero «enfermo del trabajo», querría que la vida fuese una ascensión social ininterrumpida. ¿Fracasa en este intento? Corre el riesgo de perder la autoestima y no opone, como hacen los franceses, la iniquidad del «sistema» a sus virtudes personales. ¿Acaso los pioneros acusaban a la naturaleza cuando las inclemencias retrasaban su marcha hacia el Oeste? Los hombres —aquellos a quienes hace falta convencer y aquellos a los que es preciso combatir— pertenecen a esta naturaleza, y, en definitiva, todo éxito social es la conquista de un territorio. Allí la «protección» social no es lo mismo que aquí. Se repite a menudo. La creencia de que el adulto debe ser capaz de protegerse a sí mismo no es carencia del legislador sino profunda convicción. El alejamiento de la frontera no fue obra de los cotizantes de la Seguridad Social. En esto, como en otras cosas, vemos cómo el Atlántico separa dos mundos.

En Estados Unidos, como en Francia, no deja de crecer el número de mujeres que entran a formar parte de la población activa, concordancia que no implica ninguna causalidad. Las «mujeres hogareñas» cada vez se sienten menos a gusto en sus casas: las encuestas de los años 1980 revelan que las americanas se dicen menos satisfechas de la vida en familia que sus maridos. En ambos países progresan los hogares monoparentales en los que el padre presente generalmente

*El amor al trabajo
y el juego de las damas*

El militarismo sexual desemboca, en su virulencia, en el militarismo político. *Página contigua:* Christopher Street, en el barrio de Greenwich Village, en Nueva York, gueto homosexual tan célebre como Castro Street en San Francisco.

es la mujer: es el caso de una familia de cada cuatro en los Estados Unidos (una de cada dos entre la población negra). La mujer activa, última en ser contratada, primera en ser despedida, conoce una situación precaria en una sociedad en la que el porcentaje de un 4 % de parados es percibido como «normal». La vitalidad de la tradición patriarcal vuelve a los hombres desconfiados respecto de las mujeres activas, que pueden convertirse en rivales profesionales. En los medios favorecidos —en los que la búsqueda de una actividad no es para la mujer cuestión de supervivencia de la familia sino de pleno desarrollo de la propia identidad—, los hombres intentan mantener la correlación de fuerzas a su favor. Como era de esperar, se muestran corteses en los sondeos: en 1938, solamente el 22 % «aceptan» que su mujer trabaje, y en 1976 son un 68 % quienes manifiestan esta comprensión.

Pero ¿acaso las madres de una determinada zona del extrarradio residencial de Nueva York hacen campaña en 1979 para que las escuelas primarias públicas organicen un servicio de comedores escolares? Se deja oír que están motivados por su pasión por el tenis. Ya se trate de comedores escolares, jardines de infancia, guarderías o parvularios se recuerda que solicitar de un servicio público prestaciones «legítimamente» asumidas por la familia es enteramente contrario a las tradiciones americanas. Los medios de comunicación de masas —o una parte de ellos— imputan los males actuales (fugas, toxicomanía, suicidios de jóvenes, violencias, etc.) a la ausencia de la madre del hogar.

Puesto que (manera quizá un poco desmesurada de ver las cosas) se trata de una guerra de sexos, es preciso ganarla. Los hombres van a manipular la astucia, que se considera un arma femenina, mediante la fuerza, que es su atributo más evidente. En 1984, la recepcionista negra de un banco de California es despedida a causa de un prolongado absentismo debido a las consecuencias de un parto difícil. Este despido vulnera las disposiciones de una ley californiana de 1979 que prohíbe toda segregación laboral por causa de maternidad y que asimila a la joven madre con una persona que ha sufrido un accidente (*medical disability caused by pregnancy or childcare*). El banco en cuestión, apoyado por la Cámara de comercio y por una poderosa asociación patronal, niega la constitucionalidad de esta ley alegando que obligar a los empresarios a conceder permisos de maternidad equivale a dar un trato preferencial a las mujeres, consiguientemente a discriminar. En primera instancia, el juez ha dado la razón al empresario. La sentencia ha sido recurrida y el caso todavía no ha sido resuelto. Montana y Connecticut rechazan cualquier permiso por maternidad. Otros Estados lo conceden, si bien parsimoniosamente. Los hombres disponen de dos argumentos: la ética de la productividad no impone a las empresas la obligación de cargar con mujeres embarazadas que, por muy respetables que sean, no dejan sin embargo de perturbar «la organización» mediante su absentismo; los movimientos feministas entran en contradicción con su tradición puesto que, habiendo denunciado en todo momento los tratos preferenciales como constitutivos de pretextos para discriminar, hoy sólo los reivindican cuando redundan en beneficio de las mujeres.



Para una mujer que piensa que el pleno desarrollo de su personalidad pasa por su éxito profesional, el problema de la maternidad se plantea en términos nuevos, ya sea francesa o americana, y sin que pueda descubrirse la mínima interacción entre ésta y aquélla. Una estrategia de carrera se elabora entre los veinte y treinta años.

Asumir dos maternidades durante estos diez años equivale a comprometer el porvenir (el permiso por maternidad, tal y como existe en Europa, tiene como efecto perverso conceder una ventaja a los hombres). Parece ser que en los Estados Unidos, más a menudo que en Francia, las mujeres se preocupan por asegurar su «éxito» profesional antes de engendrar. En los años 1980, siguiendo la moda, se habla mucho de los felices partos de mujeres que han llegado a la cuarentena, pues las técnicas de detección y prevención de anomalías fetales han experimentado el progreso de todos conocido. La mujer americana quiere «ganar» en todos los terrenos: en el de su oficio, en el de sus hijos y en el de su familia. El marido se inquieta. La mujer francesa —incluso la feminista—, prudente y más hábil, raras veces expresa al hombre el odio o la voluntad de ocupar su puesto. Quiere preservar su diferencia. «No deseamos que las mujeres adopten ese gusto por el poder y todos los defectos del hombre», escribe Simone de Beauvoir. Es un desprecio que reduce a los hombres al silencio.

Primer banco femenino abierto en Nueva York en 1975. En la guerra entre los sexos, las mujeres americanas han conquistado un territorio propio y han reivindicado derechos iguales que no siempre han obtenido.

El 31 de octubre, la fiesta de Halloween, de origen celta, sirve para desdramatizar la muerte, los espíritus y las brujas.



«Purificad al hogar de su aspecto familiar y preparad la escena para sumergiros en un horror feliz. Recubrid los muebles con redes negras. Necesitaréis al menos una tela de araña, serpientes, marciélagos (de plástico)... Rellenad un viejo traje con papel de periódico, ponedle un sombrero de copa: será la principal atracción de la reunión... Todo esto deberá ocurrir en una habitación en penumbra... Cuando los niños se hayan instalado alrededor de la mesa, en la habitación oscura, empezad a relatar una narración horrible, adornada con efectos especiales. Cuando la historia menciona un cadáver, se pasará por el corvo, y que los más jóvenes toquen, dos granos de uvas peladas para representar los ojos, una ostra para la lengua, un hígado descongelado para un corazón, una esponja mojada para los pulmones y un plato de espagueti para el cerebro...»

New York Times, 24 de octubre de 1979, «Consejos para la preparación de la fiesta de las Brujas y de las Almas Muertas del 31 de octubre».

El dinero del muerto

La cultura de los miedos individuales y colectivos ocupa un lugar importante en el sistema de los *mass media* americano. Cáncer, Sida, depresión nerviosa, muerte de los jóvenes en accidente, *overdose* o suicidio para unos, terrorismo «ciego» o apocalipsis atómica (*el Día después*) para otros, prensa y televisión los exhiben o los imaginan con una delección que visiblemente responde a una expectativa. Herederos de una literatura popular del horror, lo macabro y lo diabólico que se remonta sin duda a las novelas «góticas» del siglo XVIII reveladas por los escritos de Edgar Allan Poe, el cine

fantástico (*La noche de los muertos vivientes*, *La noche de los gusanos gigantes*, *La invasión de los profanadores de sepulturas*, *El exorcista*, etc.) y, poco después, por los video-clipes (*Thriller*, *La noche de los duendes*, etc.) entretejen lucrativamente inquietudes y angustias. La muerte, provocada por monstruos (más o menos antropomórficos), por los errores de la ciencia o por la guerra, ocupa un lugar privilegiado en las pantallas grandes y pequeñas. Sus logros más acertados se exportan a Francia, que los consume como productos exóticos.

No insistiremos aquí sobre el lugar que ocupa en la sociedad contemporánea este nuevo consumidor de bienes y servicios que es el moribundo, puesto que este tema ha sido esbozado en otra parte del presente volumen. Lo que ahora nos planteamos es saber si el «modelo americano» ha suscitado el mimetismo (casualidad) o si se trata de una quasi concomitancia, pues el retraso francés es imputable a nuestra inferioridad tecnocientífica. En ambos países, durante la década de los años 1950, la mitad de las personas morían en sus casas contra menos de un 20 % en 1985. Allí, como aquí, el equipo terapéutico es el gran manipulador del acto de «morir» del cual fija el momento en el que ha de sobrevivir. No obstante, dos prácticas americanas parecen imponerse progresivamente en Francia. La primera es el control del poder médico por parte del abogado quien ha encontrado en el *dying* un mercado lucrativo: tales son los casos del médico que es acusado por una falta grave que ha provocado la muerte o de su excesivo encarnizamiento terapéutico que sólo la ha retrasado para hacerla más dolorosa. La segunda es un desplazamiento de la frontera entre lo dicho y lo no dicho. La deontología americana impone al médico decir la verdad a su enfermo. El médico francés, dueño de su secreto, consciente de la esperanza del moribundo de que se le diga que no va a morir, ha guardado silencio durante mucho tiempo sobre la gravedad del mal y sobre la fecha probable de la llegada de la muerte. Según un sondeo de 1978 (*le Pèlerin*), el 77 % de los franceses desea una «muerte brutal» y el 53 % dice querer «no saber». La explicitación por parte del médico de la enfermedad diagnosticada («Usted tiene cáncer») quizás no se explica tanto por la «influencia americana» como por el progreso de las técnicas de investigación (la ecografía permite al paciente ver su tumor) y de la terapia (los «buenos» cánceres son curables o, al menos, estabilizables).

Es el tratamiento al muerto —por no decir su explotación— lo que, una vez más, ha hecho aparecer (el lector excusará esta redundancia impuesta por el tema) las diferencias culturales entre los Estados Unidos y Francia. En 1963 Jessica Mitford describe en el *American Way of Death*, el sistema comercial del mercado de la muerte, que resume en estos términos: «A partir de ahora las pompas fúnebres forman parte del *American way of life*.» Insiste sobre las ganancias obtenidas por los empresarios de oficios fúnebres (*funeral directors*) gracias a las prestaciones que dispensan: aseo, embalsamamiento, ornato, exposición del cuerpo a rostro descubierto en la *funeral home*. Última innovación: el *drive-in funeral home*, que permite ver al difunto y firmar en el libro de pésames sin bajar del coche. En Francia, donde sólo existen unos treinta «funerariums»,

El éxito de una vida encuentra su apoteosis en la admisión en un cementerio a la moda.

"Your Friendly Institution"

**ONE OF LOS ANGELES'
LEADING NEGRO MORTUARIES**

Since 1938

COMPLETE FUNERAL
SERVICE AT PRICE YOU
CAN AFFORD

A Complete Staff of Directors to Assist You

TELE: HANNAH 5-2141
Mr. Martin
Rev. Dr. Paul L. Martin
Directors

232-2141

**PEOPLE'S
FUNERAL HOME**

4210 S. CENTRAL AVE. (43rd St. & Central Ave.)

LOW COST CREMATION LOW COST
THE SENSIBLE ALTERNATIVE TO HIGH FUNERAL COST SINCE 1973

CREMATION SOCIETY OF CALIF. INC.

24 HOURS 213 257-7500 24 HOURS

BURIAL AT SEA, MOUNTAINS, RANCH OR DESERTS,
SINGLE CREMATIONS, INTERMENTS AVAILABLE, MEMORIAL
SERVICES IN OUR CHAPEL, CHURCH OR CEMETERIES AND
VIEWING AVAILABLE, WE INVITE COMPASSION

THE COMPLETE CREMATION CENTER

MALINOW AND SILVERMAN Jewish Funeral Directors

Kids Malinow Marvin M. Silverman Robert L. Malinow

WE CALL FOR EVERYTHING
SERVICES IN ALL CONDITIONS
MEMORIALS - BURIAL - BURIAL OF PEACE
MT. SINAI - BETTIE GLASS & HIS OTHERS
Featuring THE GUARDIAN PLAN®
Insurance Funded Pre-Arranged Funeral

850 VENICE BLVD.
LOS ANGELES

749-1051

Four Generations of Service to the Jewish Community

prácticas de esta naturaleza estarían «fuera de lugar»; y no es que en Francia funcione peor la explotación del mercado de la muerte, esto es, sin pérdidas y con ganancias, sino que lo hace «a la manera francesa», esto es, al estilo «colbertista», pues los oficios fúnebres generales, siempre que se logre un acuerdo con los municipios, disfrutan de un régimen de quasi monopolio.

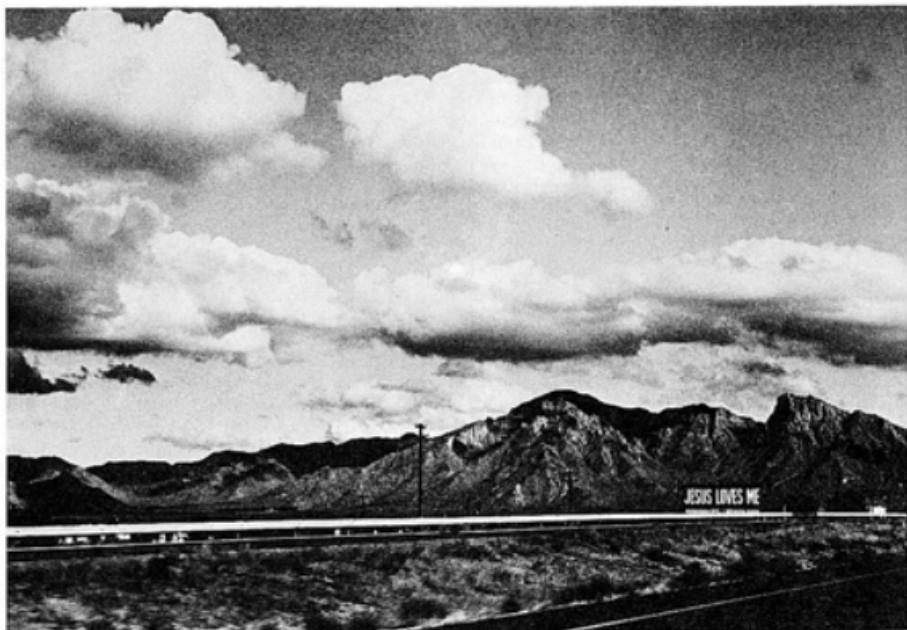
Después del *funeral director*, el promotor del cementerio es la persona que se hace cargo del muerto. Los cementerios, privatizados en un 75 % están socialmente jerarquizados (deben recordar la situación del difunto), y el éxito de una vida encuentra su apoteosis en la posibilidad de acceder a un cementerio de moda. En un artículo dedicado al *Forest Lawn Memorial Park* de Los Ángeles, «el cementerio más alegre del mundo», según la publicidad, Paul Jacobs señala maliciosamente que «morir en Los Ángeles se convierte en una recompensa, pues sólo una vez muerto puede obtenerse una residencia permanente en *Forest Lawn*». Nada comparable en Francia donde M. Vovelle subraya «la caída en picado a partir de 1930 del monumento funerario, las menciones familiares y los epitafios». El muerto francés se resiste a la americanización⁵.

¿Es Dios americano?

En la Francia republicana y monárquica (la Constitución de 1958 modificada por el referéndum de 1962 da la medida de la nostalgia monista), antaño «hija primogénita de la Iglesia», Dios se manifiesta con una extrema discreción. Incluso bajo el «yugo de los socialco-



En la América religiosa, Dios está condimentado con todas las salsas...



unistas» en el poder durante los años que siguieron a la victoria de la izquierda en 1981, ningún líder político de la «oposición republicana» asimiló a François Mitterrand con Lucifer y a Chirac, Giscard d'Estaing y Barre con una nueva Trinidad. En el punto más álgido de la «querella escolar», la Iglesia se guardó de acusar al Gobierno de hacer una política «liberticida» y maniobró sutilmente para conservar sus escuelas sin instruir el proceso de sus rivales. El imaginario francés ha dejado de estar atormentado por el más allá y, según los sondeos, el predicador jesuita de *Dedalus* carecería de auditorio. En 1977, el 35 % de los franceses creen en la inmortalidad del alma contra el 73 % de los americanos; el 52 % creen en el Cielo contra el 85 %, el 22 % creen en el infierno contra el 65 %. En los Estados Unidos la religión es una cosa demasiado seria como para escapar a la mercadotecnia. Todos los domingos, en las cadenas de televisión, se suceden las intervenciones de predicadores que desarrollan temas inesperados sobre la vida ultraterrena (repetidos en los folletos en venta en todos los supermercados). Se recogen donaciones... a la desmesura de América.

La vida privada americana está penetrada más profundamente por lo que es necesario llamar la fe. Contra la presunta «liberación de las costumbres» que se expresa durante los «años locos», baptistas y

... y la religión es un fenómeno demasiado serio como para escapar a la mercadotecnia.



El imperio invisible del KKK y el partido nazi perduran en los niños blancos americanos de las regiones amenazadas por la crisis económica y la emigración (West Palm Beach, Florida, 1876).

metodistas reaccionan vigorosamente apoyándose en palabras tomadas literalmente de la Biblia. En el valle del Mississippi, pastores ovacionados por la multitud queman libros darwinistas —por cuanto contradicen las enseñanzas del Génesis—. En 1925, una ley del Estado de Tennessee prohíbe a cualquier enseñante público profesor una teoría contraria a la creación del hombre. Entonces, una vez más, se desencadena una reacción tipicamente americana que volveremos a encontrar durante la época del maccarthysmo, y que se funda sobre la personalización de la responsabilidad y la autonomía de la persona. La *American Civil Liberties Union* toma las riendas en la lucha contra los fanáticos fundamentalistas. John Scopes, joven profesor de una escuela secundaria de Dayton, apoyado por un célebre abogado, enseña a sus alumnos, infringiendo la ley citada anteriormente, que el hombre desciende del mono. Su proceso dura quince días. La radio y la prensa movilizan la opinión pública, que le absuelve, si bien el tribunal le condena a pagar 100 dólares de multa. Evans, el «brujo imperial», dentista de profesión, reúne a más de cinco millones de americanos en una cruzada contra los negros, judíos, católicos, modernistas y bolcheviques y lanza el lema: *«Native, white, protestant.»* Los militantes, vestidos con el atuendo y el capirote del antiguo Ku Klux Klan, matan, flagelan, roban y mutilan. ¿Se trata de una versión americana de las SA?

Después de manifestaciones monstruosas organizadas en Washington, el movimiento se divide bajo la doble influencia de los escándalos internos y el ridículo. En las elecciones presidenciales de 1936, dos grandes demagogos, el Dr. Townsend y Huey Long, coordinan sus movimientos en una *Union for Social Justice* que en un momento dado parece amenazar la reelección de Roosevelt, a su derecha y a su izquierda —no se sabe muy bien—... y que obtiene menos de un millón de votos. Más tarde Eisenhower, confiando en la «virtud» del ciudadano, esperará impávido; sin intervenir, a que el maccarthysmo sucumba víctima de sus propios excesos.

El americano se dice «individualista». El francés se dice «individuista». ¿Se trata del mismo individualismo? «Para nosotros, franceses, el individualismo ha mantenido la vieja forma clásica de la "lucha del individuo contra la sociedad y concretamente contra el Estado". En América no se plantea esta cuestión»⁶, escribe Sartre. Todo «individualismo» reposa sobre una contradicción, puesto que la doble finalidad es la singularidad (que conlleva «reconocimiento») y la socialización (en la sociedad global o en una subsociedad). La educación americana tiende a inculcar al niño el deseo de conquistar la propia autonomía (desarrollando todas sus virtualidades individuales que no atenten contra las normas, lo que impone un determinado conformismo). Desde su más tierna infancia se le hace comprender que deberá abandonar su familia cuando llegue a la adolescencia, pues sólo él, en esta perspectiva muy voluntarista, puede «convertirse en sí mismo, darse vida», según la expresión de R. Bellah. Todo es posible y *debe* serlo. No se trata de rechazar a la propia familia o de renegar de ella, sino de desprenderse del pasado y de no enredarse en las propias raíces. Es conveniente emprender, arriesgar, pero sin dejar de ser «popular» en el grupo de los iguales, de ganar suscitando la estima de aquellos a quienes se ha vencido —o que han sido vencidos por otros—. Y esto —se afirma— es posible para todos, lo que explica que los «excluidos» del Bronx o de otros lugares conserven una esperanza. Las estructuras sociales son percibidas como fluidos y no como objetos viscosos. Los estudios comparativos sobre la movilidad social en Francia y en los Estados Unidos muestran que esta percepción es parcialmente ilusoria. Pero es más importante lo que se cree ser que lo que se es. ¿Están dispuestos los franceses a integrarse en esta cohorte de «Euroyuppies» que, según ciertos observadores americanos, está a punto de nacer? No cabe duda de que el deseo de éxito profesional y el orgullo nacional incitan a emprender, pero el peso del pasado generará «códigos de éxito» que sin duda poco deberán a las normas americanas, incluso si las «herramientas» son parecidas.

El hecho de que el americano sea un hombre libre y responsable determina que el *self-help* adquiera una importancia desconocida en Francia (donde el recurso al poder público se ha convertido en algo casi instintivo). En los barrios peligrosos cuya vigilancia ha sido descuidada por las autoridades, los padres se organizan. El recorrido entre la escuela y la casa se encuentra abalizado: sobre los cristales de una de cada cinco casas, una señal indica que allí el niño podrá

«Darse vida»

Casas, cruces quemadas, manifestaciones en hábito y capirote constituyen los signos del extremismo blanco. (California, 1982.)



encontrar refugio en caso de peligro. Algunos benévolos acompañan en sus desplazamientos a personas de la tercera edad. Provistos de radioteléfonos, los habitantes de un barrio residencial se relevan en sus tareas de vigilancia y señalan los movimientos sospechosos. En otras partes, los habitantes han pintado de blanco el tronco de los árboles para que el eventual asaltante pueda ser reconocido mejor. La policía adopta una actitud moderada ante estas iniciativas espontáneas para preservar la seguridad. Cuando una asociación de estas características «tiene éxito», a menudo los poderes públicos asumen sus funciones, lo que constituye un atentado contra la naturaleza del espíritu autogestionario.

La mentalidad puritana ve en el éxito —consiguientemente en la ganancia— un signo posible de la gracia divina. Cuando Jean-Paul Sartre vuelve de los Estados Unidos da una conferencia en la que relata la siguiente anécdota: un comerciante de Filadelfia particularmente austero cree excesivo el margen de sus beneficios; lo baja: su almacén, que se ha convertido en el menos caro de la ciudad, atrae a una clientela considerable, y este puritano intratable hace fortuna. Consiguientemente, no solamente el dinero suscita la moral (el estudiante se entrega con todas sus fuerzas al trabajo porque paga —o porque se pagan por él— derechos de inscripción muy elevados en la universidad: quiere adquirir un capital de conocimientos proporcional a la inversión), sino que también, como prueba la biografía del negociante de Filadelfia, la moral atrae el dinero. No es «inconveniente» exhibir el propio dinero, hablar de él incesantemente, indagar sobre el dinero de los demás. Durante mucho tiempo los

150.000 personas, entre ellos una mayoría de niños, desaparecen todos los años en el territorio de los Estados Unidos. Frente a la ansiedad, frente a las carencias del Estado protector, grupos activos de ciudadanos tratan de actuar. Esta práctica proviene a la vez de una vieja tradición americana de participación de todo el mundo en los asuntos de la ciudad y de una situación desesperada.





Edward Hopper pone en escena la
solitaria atmósfera de los momentos
interiores. Una atmósfera solitaria, silenciosa,
una atmósfera lúgubre que no
excluye las interacciones, incluidas
las románticas o las despectivas,
preferencias. (Edward Hopper,
1948). (The Art Institute of
Chicago.)



Detalles de la placa de base para observar la
placa. (Foto cortesía de la autor). El efecto
de la iluminación con polímeros, que se
aplica tanto al nido o óvalo
bioluminiscente (Perez, 1995) o óvalo
láser (Liu et al. de los huertos, 1996,
fig. 2a).

códigos franceses de buena conducta han prohibido «la muestra ostentosa del éxito» (a los «advenedizos» y a los «nuevos ricos» —se decía— les «falta una generación») y sacar a colación el tema de los salarios o de los honorarios era considerado como algo «fuera de lugar». Sobre este punto las mentalidades evolucionan. En 1984 (sondeo SOFRES), el 80 % de las personas preguntadas no consideran «privilegiado» a quien, «a partir de nada ha hecho fortuna», y el 59 % piensa que «ha debido de trabajar mucho». Una publicidad bancaria, que puede verse fácilmente por las paredes y en la prensa, representa a un hombre que señala al transeúnte o al lector con el dedo al tiempo que le interpela: «Su dinero me interesa.» Los medios de comunicación franceses celebran los méritos de Gilbert Trigano y de Bernard Tapie. Los apellidos de los *sponsors* se exponen ostensivamente en todos los equipos deportivos (ya se trate de personas físicas o morales), y se ha evitado buscar una palabra francesa equivalente (*«padrino»* no hubiera estado mal, pero al evocar simultáneamente a la Iglesia y al «medio» hubiera sido demasiado ambigua). No obstante, el francés no ve (o no confiesa ver) en el *business man* que gana en el *money game* el ideal con el que las conveniencias aconsejan identificarse y se muestra escéptico en relación a la extensión a todo el mundo de la posibilidad de volverse rico y ser el protagonista de una ascensión social en una sola generación. Si va a los Estados Unidos, la observación del «cuarto mundo» le conforta en su convicción de que los americanos son «grandes ingenuos» o hipócritas. La detección de los defectos del otro procura un placer gratuito que sería estúpido rechazar.

Vida privada francesa, vida privada americana: ¿Convergencia, paralelismo o gran alejamiento?

El texto que se acaba de leer no pide conclusión. El futuro responderá a la pregunta que se ha planteado. Pero puesto que este enunciado contiene una tesis, para terminar, querriamos recordar que se impone hacer una distinción entre tres niveles de la existencia social.

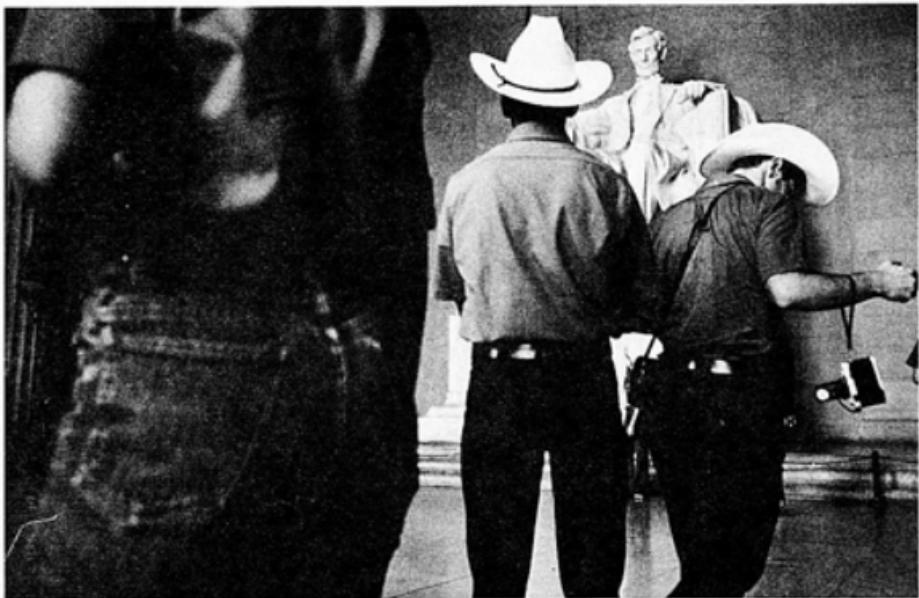
En el plano económico —consiguientemente en el político—, Francia se encuentra dentro de la americanoesfera y se siente a gusto en ella. A partir de ahora ninguna planificación —ni siquiera previsión— es posible, pues todo depende de la potencia dominante. Si el dólar sube es la locura: ¿cómo pagar nuestra factura energética? Si baja, es el pánico: ¿cómo defendernos contra las exportaciones masivas de productos americanos el día en que el Buick cueste menos caro que el Peugeot 205? Cuando por fin los Estados Unidos comprenden que las dictaduras que apoyan pueden generar reactivamente algunos brotes de castrismo, las abandonan para jugar la

carta de un «liberalismo» controlado. El *imperium* americano es de una temible modernidad. Mientras que las botas rusas pisotean el suelo de las democracias populares y de Afganistán, las de Pinochet aplastan a los chilenos y las de Marcos —hasta el «umbral» fatídico— «protegen» en Manila la prostitución de mujeres y niños. La fortaleza económica americana es casi inexpugnable, digamos inaccesible. En nuestros días sólo los alemanes, un poco, y los japoneses, mucho, han conseguido poner su pie en ella. Pero cuando un francés halaga al tercer mundo perorando en Phnom Penh o grita «¡Viva Quebec libre!», el Big Brother sonriente de Washington está allí, suficientemente seguro de sí y dominador como para tolerar de sus «aliados» desviaciones de lenguaje.

En el plano de las apariencias los americanos están entre nosotros. *Jeans*, *fast foods*, consumo eufórico de productos de los media, americanismos léxicos, peregrinajes a la Mecca del capitalismo, etc., y otros muchos índices que incitarían al marciano —o al persa— a no ver en los franceses más que unos imitadores de los americanos.

Pero en el único plano que nos interesa aquí, el de la vida privada entendida en el sentido de la más estricta intimidad (la preocupación constante de los autores de la presente obra es —recordemos— evitar cualquier confusión entre vida cotidiana y vida privada), el peso del pasado está ahí para recordarnos la especificidad francesa.

Todo mensaje de los media que viene de más allá del Atlántico es reinterpretado o traducido en función de nuestra memoria colectiva. La descolonización nos ha deparado la sorpresa del resurgimiento de culturas precoloniales que se creían aniquiladas. La inserción de Francia en la americanoesfera, forma sutil de una colonización técnica y gestionaria, no ha arrancado las raíces de la vida privada. Es por otra parte la fuerza —y quizás el honor— del *imperium* americano mantenerse y extenderse sin poner en cuestión la identidad nacional de unos pueblos a los que no pueden denominar «sometidos», puesto que expresan libremente su adhesión a un «modelo» del cual sólo escogen —para integrarlos— los fragmentos que no destruyen sus costumbres centenarias. En el prefacio a la traducción francesa de la *Multitud solitaria* (de D. Riesman), Edgar Morin escribió: «Desde hace algunos años empezamos a buscar en la literatura sobre América no solamente lo insólito o futurista, sino también a escrutar nuestro propio rostro.» Bello efecto de palabras que nos parece muy contestable. Se habla, para un porvenir inmediato, de una sociedad francesa «de dos velocidades». Ya está presente. La confrontación entre la vieja cultura francesa y la cultura sincrética americana nos ha conducido a obviar los parecidos subrayando las diferencias. La deseable «modernización» de Francia pasa por una adaptación técnico-gestionaria cuyo modelo viene suministrado por los Estados Unidos por cuanto se encuentran en la punta de lanza de este proceso. Para «permanecer en la carrera» es necesario ir lo más rápido posible. Pero la intimidad y los secretos pueden evolucionar lentamente o estancarse. Los japoneses, desde su pequeño archipiélago superpoblado, parten a la conquista de los Estados Unidos explorando no sus hombres, sino sus productos. ¿Será el «modelo japonés»



el que terminará por imponerse? O ¿acaso Francia inventará su propio futuro, por supuesto sometido a los imperativos económicos mundiales, pero respetuoso con un «fundamentalismo» cultural del que nadie piensa renegar y cuyo irreductible núcleo es una «vida privada» cuyos sutiles códigos finalmente sólo nosotros conocemos?

S. B.-G.

Washington, Lincoln Memorial, 1980:
el patriotismo no conoce (nuevas)
fronteras...

Notas

¹ Cl. Lévi-Strauss, *Introduction à l'oeuvre de M. Mauss*, p. XIX.

² P. Bourdieu, «Sobre el poder simbólico», *Annales ESC*, mayo-junio de 1977, p. 408.

³ Añadamos que, en su jornada laboral, la «persona activa» japonesa es psicológicamente «modelada» según códigos específicos... que los americanos comienzan a importar.

⁴ Testimonio recogido por el autor.

⁵ Su familia también, puesto que el peregrinaje de Todos los Santos —desconocido en los Estados Unidos (al menos en su amplitud francesa)— expresa el culto que se rinde a un pasado familiar, consecuentemente privado.

⁶ J.-P. Sartre, *Situations III*, p. 84.



Un modelo de transparencia: la sociedad sueca

Suecia es uno de los pocos países que, junto con los Estados Unidos, ha conseguido ejercer una seducción real sobre el imaginario francés. El eldorado sexual de los años 1960, repleto de pulposas Anitas Ekberg, fatales Gretas Garbo —pero también de dolientes heroínas bergmanianas— ha acunado a toda una generación de latinos, la ha alimentado con coloristas imágenes restallantes de rubicundez y libertad. Pero el país de jauja de los hombres y las mujeres bellas, ricos y felices se ha metamorfoseado progresivamente en un lugar siniestro, poblado de gentes aburridas, mórbidas y suicidas, en un universo de «familias hechas añicos»¹, de «sexo desorientado»², de «liberados a la búsqueda del amor»³, en pocas palabras, en el país de la «alegría perdida»⁴. ¿No ha sido el modelo sueco, tan alabado y denostado, finalmente convertido en espejismo boreal, una proyección imaginaria de los deseos y temores de los franceses? En todo caso el idilio se ha roto. El Estado-providencia, convertido en Estado-injerencia, ha dejado de estar en el palmarés de las naciones modelicas: el *middle way* de no hace mucho se encuentra alineado a partir de ahora en la fila de las utopías. Hoy en día es de buen tono denunciar el contramodelo, la «dictadura suave», el «totalitarismo dulce».

Ni el entusiasmo inicial ni la decepción subsiguiente son fortuitos. El modelo sueco —por supuesto modelo económico y político, pero también y sobre todo modelo societario— ha sido una realidad innegable (y en parte lo es hoy todavía). El término modelo (y debe señalarse que la palabra ha sido forjada fuera de Suecia) es revelador. En tanto que se habla de americanización de la sociedad francesa, de mito americano («todo el mundo puede un día volverse rico») o incluso de valores americanos, el *modelo* sueco reenvía a una noción de ejemplaridad. Se atribuye a la sociedad sueca un referente no solamente material o político, sino también filosófico («la alegría»), incluso moral... Ya en 1950 cuando Mounier se hizo la pregunta «¿qué es un hombre feliz?» citaba a «los suecos, primeros testigos de la ciudad feliz»⁵.

El ritual del *skål* (brindis hecho en honor de una persona), a menudo sorprendente a los ojos del observador extranjero, obedece en Suecia a códigos minuciosos y a reglas específicas —paradoja de una sociedad aparentemente tan liberada en el terreno de las costumbres y sin embargo tan afectada y solemne en sus relaciones de convivencia.

De hecho, el modelo sueco es —más de lo que parece— un modelo de ética social. Por cuanto está por encima de toda sospecha⁶, por cuanto reviste una pretensión de universalidad (pacifismo, ayuda al tercer mundo, solidaridad social, respeto de los derechos del hombre), por cuanto tiene como fundamento ideológico el consenso y la transparencia, constituye quizá una especie de representación anticipada de un nuevo orden social.

La distinción entre privado y público en Suecia es a este respecto significativa. Levantamiento del secreto, desprivatización, gestión pública de lo privado: este desplazamiento de la frontera, por específicamente sueco que parezca, no deja de ser ejemplar. Ha sido de hecho en este país —que paradójicamente se ha llamado a sí mismo durante mucho tiempo la «Francia del Norte»— donde los franceses, quizás más todavía que otros pueblos, han buscado una trasposición de la sociedad ideal. Sin embargo, la ética de la transparencia absoluta de las relaciones sociales y el ideal de comunicación perfecta que caracterizan —lo veremos— a la sociedad sueca hoy en día son sentidos en Francia como otras tantas violaciones del espacio privado individual.

El modelo del antisecreto se ha convertido en un imperialismo intolerable.

El modelo del antisecreto

Este «modelo del antisecreto» toca de hecho a todos los sectores de la vida social, incluso a los más privados. De ahí la apertura de lo privado a lo público, quizás más fuerte en Suecia que en cualquier otra parte: la obsesión de la ética comunitaria y socialdemócrata es lograr una transparencia completa de todas las relaciones, de todos los campos de la vida social.

El dinero sin misterios

Así, contrariamente a la situación francesa⁷, en Suecia el dinero no pertenece a la esfera de lo confidencial. El éxito material, socialmente valorado, se exhibe ampliamente, como en los Estados Unidos. Pero la transparencia va más lejos. Las declaraciones fiscales son públicas. Todo el mundo puede consultar el *taxering kalender*, especie de anuario que contiene apellido, dirección y estado civil de todas las personas obligadas a contribuir al fisco... así como su renta declarada —todo lo cual es publicado por el ministerio de Finanzas—.

Finalmente, en materia de fraude fiscal, la denuncia está casi institucionalizada. La administración fiscal reconoce abiertamente de forma simultánea (en la prensa por ejemplo) que la delación es moralmente censurable pero que, a pesar de todo, se utiliza abundantemente: incluso en el terreno ético prevalece el imperativo de la transparencia⁸.

Participa también de este imperativo el principio, por lo demás bien conocido, del «libre acceso a los documentos oficiales»⁹. La ley de libre acceso, inspirada en gran parte en la ley sobre la libertad de prensa promulgada en 1766, garantiza a todos los ciudadanos el derecho a entrar en conocimiento de los documentos oficiales, es decir, de todos los documentos recibidos, emitidos o enviados por un servicio público nacional o local. Las disposiciones aplicables prevén la posibilidad de consultar los documentos en el lugar, transcribirlos o incluso obtener de ellos una copia contra el pago de un derecho; además, todo aquel a quien se niegue el acceso a una información podrá recurrir sin dilación a los tribunales. En la práctica, este derecho de acceso se encuentra limitado por las disposiciones legales sobre el secreto, que excluye del libre acceso determinados campos sensibles (seguridad nacional, defensa, informaciones económicas confidenciales...). No obstante, la regla es que, «en caso de duda, el principio general debe prevalecer sobre el secreto»¹⁰.

La publicidad de los documentos oficiales

El hecho de la apertura excepcional que caracteriza a la administración pública sueca determina que Suecia sea desde hace mucho tiempo una «sociedad de la información», una sociedad de la transparencia de los intercambios. Por supuesto la informatización ha acentuado aún más este estado de cosas haciendo posibles grandes flujos de información, sobre todo entre el sector privado y la administración. No encontraremos muchos países en los que los ordenadores de varias compañías de seguros se encuentren interconectados con los de los servicios centrales del estado civil. Puede suceder incluso que un comerciante privado de automóviles sea relacionado por un terminal con las series numéricas de la matrícula del coche o que una administración estatal utilice el fichero de una sociedad privada de informaciones sobre solvencia. Desde 1974, la información almacenada en ordenador ha sido asimilada a los documentos tradicionales de los servicios públicos.

La comunicación entre los diversos ficheros nominativos se ve facilitada por la existencia de un número personal de identificación. Este número, único para cada ciudadano, creado en 1946, ha sido utilizado en los servicios de estado civil mucho antes de la puesta en servicio de ordenadores en la administración. Entra en la mayoría de los ficheros nominativos suecos, tanto públicos como privados. Suecia fue la primera nación europea que creó una Oficina de estadísticas a nivel central (en 1756); también fue el primer país que hizo posible una centralización, bajo una sola cifra, de todas las informaciones relativas al individuo.

Si por una parte la informática permite una cierta transparencia de los individuos frente al Estado, por otra ella misma también debe ser transparente respecto a los individuos. La ley sobre la informática (1973, completada en 1982), primera norma legal de estas características en un país occidental, ha creado sobre todo una Inspección de la Informática encargada de autorizar los ficheros nominativos, asegurar la vigilancia de estos ficheros y atender las quejas sobre estas cuestiones. En concreto, la autorización de creación de fichero, casi automática en general, es mucho más difícil de obtener cuando

«Los ficheros abiertos»

Todo ciudadano puede satisfacer su curiosidad ejeando de la manera más legal del mundo el anuario de los contribuyentes suecos. Desde 1987, los bancos tienen la obligación de comunicar directamente a la administración fiscal todos los datos relativos a cada contribuyente.



el fichero debe contener informaciones consideradas como «privadas». Entran en esta categoría los datos de los servicios médicos y sanitarios, la «intervenciones de oficio» de los poderes públicos en el terreno social, los ficheros de delincuencia o los ficheros nominativos de la Seguridad Social y de la Defensa Nacional, etc. Sólo están autorizados a recolectar y detentar estas informaciones servicios públicos que deben atenerse al tenor de un texto legislativo o de un reglamento. Finalmente, toda persona que figure en un fichero tiene derecho a obtener una vez al año y en el momento en el que le convenga una transcripción de las informaciones que le atañen.

Esta informatización de la sociedad puede ser percibida como un instrumento muy eficaz (incluso peligroso) de control social. De hecho, muchos observadores han visto en este fenómeno la confirmación de una evolución hacia el Estado policial que manipula en la sombra todas las esferas de lo «privado» (desde la salud a las rentas y la situación profesional, etc.). Es interesante señalar sin embargo que esta informatización apenas promueve algún movimiento de protesta en Suecia; todo el mundo está convencido (quizá equivocándose) de que nunca será utilizada contra el ciudadano, sino que, muy al contrario, redundará en su beneficio. En todo caso, este consenso revela una profunda relación de confianza respecto al Estado (o respecto a toda la comunidad que gestiona a fondo esta situación): en la mente de los suecos, todo el sistema (desde el individuo privado hasta las administraciones públicas) está integrado en una misma moral colectiva y obedece consecuentemente a los mismos imperativos.

Una «sociedad de rostros»

Es necesario no obstante guardarse de una visión simplista haciendo de la sociedad sueca un mundo orwelliano, un universo de estadísticas deshumanizadas. Paradójicamente, esta sociedad de individuos fichados, catalogados, numerados, es también, y mucho más que Francia, una sociedad de rostros. No hay ningún periódico

El Estado otorga a todo ciudadano sueco un solo y único número de identificación que lo acompañará desde el nacimiento hasta la muerte. Y, sin embargo, lejos de ser anónima, la sociedad sueca continúa siendo una sociedad de rostros en la que subsiste todavía muy fuertemente la ética comunitaria de antaño.





que no publique todos los días media página larga de fotos de lectores el día de su cumpleaños. El de su matrimonio o el de su fallecimiento.

La «agenda mundana» ocupa al menos una página, en la que sorprende la ausencia de discriminación social. Las rúbricas necrológicas recuerdan tanto la carrera de M. Andersson, *Verkställande direktör* (jefe de empresa) como la de M. Svensson, *Taxichaufför* (conductor de taxi).

Finalmente, los cumpleaños, y especialmente el que conmemora el medio siglo —muy importante en Suecia—, dan lugar habitualmente a varias líneas en los diarios (y por otra parte a algunos días de vacaciones). Esta mezcla de sociedad moderna informatizada y de prácticas antiguas siempre muy vivas constituye una de las especialidades más originales y desconocidas de la sociedad sueca.

*«Ombudsman»
y grandes encuestas
públicas*

En materia de decisiones colectivas, la transparencia es también un imperativo riguroso. Una institución como el *ombudsman* es muy conocida en el extranjero. El *ombudsman* parlamentario, que es el más antiguo (data de 1809), tiene como función resolver los litigios relativos a la delimitación de las fronteras entre lo privado y lo público (sobre todo preservar el «derecho al secreto» de los individuos), recibir quejas, sancionar las infracciones de las obligaciones legales... o simplemente aconsejar a los funcionarios. Menos conocido quizás, pero igualmente importante, es el procedimiento de grandes encuestas públicas. Práctica ya antigua, estas encuestas que preceden a todas las leyes son realizadas por comités en los que colaboran personalidades de los diferentes partidos políticos, representantes de importantes grupos de presión y expertos diversos (economistas, sociólogos, etc.). Despues de sondeos, tras haber escuchado a los interesados o incluso haber realizado una encuesta sobre el terreno, las conclusiones son transmitidas, para su examen, a los servicios de legislación de los ministerios afectados, que son invitados a transmitir su opinión sobre las medidas propuestas. Además, todo ciudadano está en su derecho de someter al ministerio su punto de vista sobre las conclusiones de la encuesta. De este modo, los temas más «privados», tales como la homosexualidad, la prostitución, la violencia, etc., son objeto de grandes debates públicos, como también pueden serlo la estabilización de los precios, el video, el libro de salmos sueco e incluso la política energética.

Este procedimiento específico de Suecia juega un papel esencial en la elaboración de decisiones políticas y en el establecimiento de un consenso general sobre el asunto debatido. Su misma existencia muestra por una parte cómo los temas aparentemente más «privados» son tomados en cuenta por las instituciones, y, por otra, cómo, en los diferentes eslabones de la cadena decisional, pueden intervenir prácticamente todos los individuos. Resume así los dos imperativos principales de la ética colectiva: transparencia de los procesos de decisión y realización de un consenso sobre las medidas adoptadas.

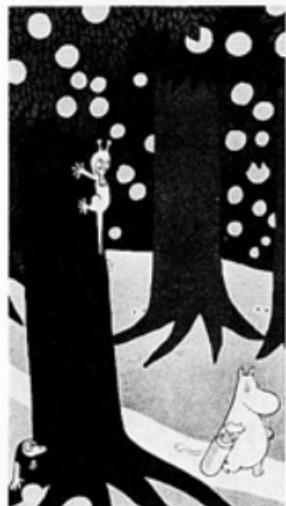
Desde 1958, la Iglesia de Suecia acepta la ordenación de mujeres. Aun cuando hoy en día cuente con alrededor de 450 mujeres pastores, existen todavía resistencias frente a esta situación, sin embargo reconocida en el plano legal.



*Una Iglesia
de Estado*

Página contigua. Anthony Quinn en *Barrabás*, de Richard Fleischer, en 1962. «... Iba como sumergido en la noche (...). Y sobre el viejo pecho arrugado pendía entre sus pelos grises su placa de esclavo, de donde el nombre de Dios había sido tachado. Sí, estaba solo en el cielo y en la tierra. Y estaba encerrado en sí mismo, en su propio reino de la muerte. ¿Cómo podría salir de él?» (Pär Lagerkvist, *Barrabás*).

Moumine el Duende, de Tove Jansson, el pequeño héroe de una de las obras maestras de la literatura infantil escandinava.



Casi nadie sabe que la Iglesia sueca es una Iglesia de Estado y el luteranismo religión de Estado¹¹. Sólo a partir de 1523, fecha del advenimiento de la Reforma, la Iglesia empezó a funcionar como una institución integrada en el aparato del Estado. La Iglesia desempeñó en Suecia un papel de instrumento de unificación política, pues la participación en los oficios divinos era considerada como una obligación cívica. La fuerza de los vínculos que unían a la Iglesia de Suecia con el Estado queda ilustrada por el hecho de que sólo a partir del año 1860 se autorizara a los suecos a abandonar la Iglesia. Pero entonces hacía falta que se hiciesen miembros de otra comunidad cristiana. Esta condición fue levantada en 1951. No obstante, todo niño nacido ciudadano sueco se convierte automáticamente en miembro de la Iglesia sueca si el padre o la madre lo es. De este modo, un 95 % de la población sueca forma parte de la Iglesia sueca.

Suecia es, pues, uno de los estados más oficialmente cristianos y más secularizados. La Iglesia está en manos del Estado, que nombra a los obispos y a una parte del clero, decide sobre su salario y recauda los impuestos religiosos¹². Inversamente, la Iglesia se ocupa de llevar los registros del estado civil, de la gestión de los cementerios¹³, etc. De este modo, cualquier ciudadano sueco está inscrito en alguna parroquia. Del mismo modo, el pastor que casa religiosamente a ese ciudadanos es también oficial del estado civil; por ello, un matrimonio religioso puede hacer las veces de matrimonio civil.

El carácter institucional que presenta la Iglesia a los ojos de la población encuentra igualmente su expresión en la participación del público en las ceremonias religiosas que organiza. Así, alrededor del 65 % de las parejas se casan religiosamente. Más del 80 % de los niños son bautizados y reciben la confirmación en el seno de la Iglesia de Suecia. Finalmente, un determinado número de miembros de la Iglesia estatal pertenecen al mismo tiempo a una de las Iglesias protestantes «libres», o disidentes, que encuentran su origen en el ala evangélica luterana del movimiento del despertar religioso (*Väckelse rörelser*), particularmente activo a comienzos del siglo XX. En total, las Iglesias libres de Suecia reúnen proporcionalmente más fieles que las de los demás países nórdicos.

Esta presencia formal del aparato eclesiástico no basta de ningún modo para ocultar la clara pérdida de favor que la religión ha experimentado en Suecia. Menos del 20 % de las personas preguntadas se declaran practicantes. Por el contrario, la inquietud casi metafísica, sorda y tenaz, es un componente profundo del temperamento sueco. Quizá el infierno no existe a los ojos de los suecos; pero lo sobrenatural por supuesto que sí. Para convencerte de ello no hay más que echar un vistazo a las fiestas medio paganas medio religiosas que pueblan el calendario sueco, o con recordar la importancia, en el folclore, la literatura, o también el cine, del universo de lo fantástico y de los duendes. Baste considerar a un escritor tan profundamente sueco como Pär Lagerkvist¹⁴, autor de *Barrabás*, o de *La muerte de Ahasvérus*, cuya obra es una larga y dolorosa pregunta religiosa. André Gide, otra conciencia atormentada, escribió a propósito de *Barrabás* que Lagerkvist ha realizado «la hazaña de haberse mantenido sin desfallecimiento sobre esta cuerda floja tendida a través de las tinieblas entre el mundo real y el mundo de la Fe»¹⁵.



Así real y espiritual han podido conciliarse de manera más firme de lo que parece. La moral colectiva y religiosa del pasado inmediato se ha transformado en una moral que no ha dejado de ser colectiva pero que se ha secularizado, mientras que la literatura y el cine continúan siendo el eco de ese mundo espiritual, angustia metafísica y tenaz culpabilidad que marcan tan fuertemente el imaginario sueco.

La apertura de la esfera privada a lo público puede verse claramente en la evolución de la estructura familiar. Que las «funciones» antaño destinadas a la familia hayan sido asumidas por el Estado o por la colectividad no es sin embargo un hecho nuevo en nuestras sociedades modernas. Pero esta «desprivatización» de la esfera familiar reviste en Suecia un aspecto bastante peculiar. No solamente se trata intervenir en el espacio privado, sino sobre todo de hacerlo totalmente transparente, de levantar el «secreto», es decir, de saber lo que ocurre en él. De este modo, la administración sueca efectúa una investigación sistemática sobre la paternidad cada vez que recibe una petición de ayuda de una madre soltera o divorciada, siempre también que existe una duda sobre la paternidad del niño. Todo hombre que, según declaración de la mujer o de sus amigos, parece haber tenido relaciones íntimas con la madre, tiene la obligación de

*La familia
«desprivatizada»*

comparecer en la investigación sobre la paternidad. Aquel o aquellos que se presume padres, en caso de litigio, deben someterse a un análisis de sangre. Si es preciso, el tribunal resuelve. Cuando la paternidad ha quedado establecida, el padre debe garantizar al niño una pensión alimenticia y de mantenimiento.

La justificación de un procedimiento de esta naturaleza no es tanto económica como ética: todo niño tiene el derecho a conocer a su verdadero padre. Evidentemente, la aplicación práctica de este principio no se produce sin paradojas. Una mujer sola que desea un hijo a toda costa, por ejemplo, sin que intervenga después el padre, verá cómo se la priva de la ayuda social si se opone a esta investigación obligatoria de paternidad. Y ello es así porque si la mujer tiene derecho a disponer de su propio cuerpo, como testimonia la ley de 1975 sobre el aborto, la ley en cambio no le reconoce la facultad de «engendrar sin dar el apellido del padre del niño». De este modo, el derecho del niño prima sobre cualquier otra consideración; e incluso si la mujer rechaza la ayuda social, se pondrán en marcha todos los medios (¡incluso el tribunal!) para obligarla a decir quién es el padre, pues se piensa que en ese caso se trata de una pregunta fundamental que el hijo continuará planteando el resto de sus días. No hay, pues, secreto de paternidad. La filiación también debe ser transparente y claramente establecida. La noción de legitimidad no desempeña ningún papel en la familia, y la institución del matrimonio descansa sobre la publicidad de la información, que es sancionada por la ley.

La nueva legislación sueca sobre la inseminación artificial descansa también sobre esta exigencia absoluta de transparencia. Como subraya Göron Ewerlöf, juez y secretario de la Comisión sobre inseminación artificial: «Se espera que las inseminaciones artificiales sean más francas y abiertas de lo que han sido hasta el momento presente. El objetivo debe consistir en actuar de tal modo que haber nacido por inseminación artificial no sea considerado como algo inconcebible, y que esta situación sea plenamente asimilable, por ejemplo, a la de los hijos adoptivos. Por lo que respecta a los hijos adoptivos, se ha abandonado desde hace mucho en Suecia el secreto y los tapujos de otros tiempos. Según los especialistas de la adopción, ello ha contribuido a que los hijos adoptados sean más felices.» De este modo, Suecia es el primer país del mundo que ha promulgado (el 1.^o de marzo de 1985) una legislación de conjunto sobre la inseminación artificial. Hasta entonces las inseminaciones artificiales con donantes estaban rodeadas —en todo lo que era posible— del mayor secreto; además, todas las informaciones sobre el donante generalmente se mantenían ocultas (cuando no eran destruidas). La innovación importante de la nueva ley —y que ilustra perfectamente por lo demás el modelo social del antiscreto— es el levantamiento del anonimato de los donantes. De este modo, todo niño tiene el derecho de saber quién es su padre biológico, e incluso el de conocer todos los datos registrados sobre este punto en el hospital¹⁶. Hasta ahora los esfuerzos habían tendido a evitar que el niño supiese cómo había sido concebido. Hoy en día ocurre lo contrario: se trata ante todo de preservar el interés del niño y consecuentemente no imponerle conocer los datos disponibles sobre la identidad de su padre.



biológico¹⁷. La Comisión subraya además que es importante que los padres adopten una actitud franca frente al niño. Recomienda sobre todo (incluso si la ley no obliga a ello) que, llegado el momento, se diga al niño cómo fue concebido. Una vez más se toma en cuenta el interés del niño en la decisión de no permitir la inseminación artificial más que a parejas casadas o que cohabitaban bajo formas maritales. La inseminación artificial no se autoriza a las mujeres solas o que viven en una pareja lesbiana. Así se mantiene, en un país en el que sin embargo las familias monoparentales se multiplican, la referencia a una estructura clásica con padre y madre; estudios psicológicos y psiquiátricos diversos explican este hecho. Se trata en definitiva de asegurar ante todo el desarrollo óptimo del niño. El caso de adopción todavía es más restrictivo puesto que, en la mayoría de los supuestos, sólo se autoriza a las parejas casadas.

Muy revelador también de la cultura y de la ética suecas es el estatuto que se concede al niño. En Suecia, el niño es considerado a la vez como un ciudadano de pleno derecho y como un individuo sin defensa que debe ser protegido casi al mismo título que las demás minorías: lapones, emigrantes, etc. La evolución más clara hacia una «desprivatización» de la familia se manifiesta en la existencia de un

«Dos hombres y un cesto»... Suecia ha sido el primer país que promulgó (1975) una ley sobre el permiso parental, reproducida en Francia en 1977. No obstante, según una encuesta sueca de 1981, son todavía las mujeres quienes mayoritariamente sacan partido de las vacaciones de este permiso (sólo un 4 % de los padres las comparten enteramente con la madre).

El niño, ciudadano de pleno derecho



¿Cómo preservar una doble identidad cultural? (Curso para niños turcos.)

estatuto del niño, único en el mundo. Desde 1973 existe un *ombudsman* para la infancia, que desempeña el papel de «portavoz» de los niños y cuya función es sensibilizar e iluminar a la opinión pública sobre todas las cuestiones relativas a las necesidades y derechos de los niños. La ley no reconoce al *ombudsman* el derecho a intervenir en los casos concretos; puede por el contrario presionar a los servicios públicos y a los representantes políticos, proponer acciones susceptibles de mejorar la condición infantil, responsabilizar a los adultos frente a los niños, finalmente, mediante una asistencia telefónica permanente, aportar ayuda y apoyo individuales a los niños en situación de desamparo. Vemos, pues, que la sociedad sueca reconoce al niño (al mismo título que a la mujer de no hace mucho, al emigrante, o a cualquier otra minoría) derechos específicos que una institución *ad hoc* se encarga de defender: la doble finalidad que se persigue es favorecer una integración más armónica del niño en la sociedad y respetar su individualidad.

La misma ética prevalece en relación al niño emigrante. Así éste tiene el derecho a una enseñanza en su lengua materna. A partir de 1979, el Estado concede incluso créditos a todos los niños comprendidos entre los cinco y seis años de los servicios preescolares municipales para que puedan practicar su lengua de origen, y, por otra parte, cada vez son más las guarderías que reparten a los niños por

grupos lingüísticos homogéneos. Así los hijos de emigrantes tienen todos los medios para desarrollar su lengua materna y conservar la propia cultura, y pueden adquirir un bilingüismo activo. Aquí también, la voluntad de integración sólo se concibe en el respeto a la identidad cultural de origen.

No obstante, es preciso reconocer que los resultados no siempre están a la altura de las ambiciones. Muchos niños se integran mal en una u otra de las dos culturas y hablan mal las dos lenguas. A pesar de los numerosos derechos de que disfruta el emigrante (derecho a elegir y ser elegido en las elecciones municipales y cantonales, dispersión de las viviendas para favorecer la integración, cursos gratuitos de sueco, idénticas ventajas sociales que los nacionales, etc.), la sociedad sueca no consigue constituir un *melting-pot* al estilo americano.

La autonomía del niño en relación a las instancias familiares, incluso parentales, tiene otras de sus expresiones en la ley sobre la prohibición de castigos corporales. En efecto, a partir de julio de 1979, la legislación sueca que regula las relaciones paternofiliales (el Código de filiación) prohíbe cualquier forma de castigo corporal (azotaina incluida) así como los castigos morales o «tratos vejatorios» (ejemplos citados por la ley: encerrar a un niño en un cuarto oscuro, amenazarle o asustarle, tratarle despectivamente, ridiculizarle abiertamente). Es cierto que la prohibición no ha venido acompañada (salvo en caso de lesiones) de disposiciones penales específicas. No obstante, todo niño puede presentar una denuncia por haber sido golpeado, y el autor de las sevicias evidentemente no

Azotaina prohibida



La lucha contra todas las formas de violencia —aquí la exposición de 1978 titulada: «La violencia segregativa violencia»— constituye un tema permanente de la sociedad sueca.



Hoy de lo mejor para los padres.

«Cualquiera que sea tu talla, siempre encontrarás un preservativo a tu medida...» (Campaña a favor de los preservativos realizada por RFSU, la asociación nacional para la información sexual.)

puede pretender que creía tener el derecho a infligir una azotaina al niño: este derecho de la autoridad paterna, antaño «privado», incluso oculto y simbólico en cierto sentido, a partir de ahora ha dejado de existir.

La esfera política, en formas diversas, controla así cada vez más el espacio que antes era privado. La familia ya no tiene la responsabilidad exclusiva del niño. No le corresponde a ella definir sus derechos, sino al conjunto de la colectividad, ya sea bajo la forma de leyes o de protección social.

El niño sale así del espacio privado y cada vez se socializa más fuera del contexto familiar. La relación paternofilial deja de pertenecer exclusivamente a la vida privada para pasar a ser gestionada por el «público». A partir de ahora, la sociedad es responsable de *todos* los niños.

Este estado de espíritu queda por otra parte ilustrado por la reforma introducida en 1980 bajo la denominación de «educación de los padres»¹⁸. Esta reforma propone de manera facultativa a todos los futuros padres tomar parte en grupos de diálogo y de formación durante el embarazo y el año siguiente al nacimiento del niño. (Quienes participan en los grupos de padres durante las horas de trabajo tienen derecho a una indemnización a título de seguro de padres.) Los objetivos de la «formación parental» son «contribuir a la mejora de la situación de los niños y de las familias en la sociedad»: «La colectividad y sus instituciones no deben cargar sobre sus espaldas con la responsabilidad de los niños, sino esforzarse en dar a los padres los medios para que puedan cumplir su tarea»¹⁹. Es interesante señalar que esta formación parental, que reúne a grupos de padres y se desarrolla la mayor parte del tiempo fuera del domicilio, privilegia allí donde tiene lugar una experiencia comunitaria. La educación de los padres es en este sentido una forma de educación colectiva que solidariza de este modo a individuos que viven la misma experiencia. A menudo se prolonga mediante la integración más activa del individuo en un grupo; y, de hecho, la mayoría de quienes empiezan a participar en un grupo del centro de protección maternal continúan después en el centro de protección infantil y así sucesivamente.

Las nuevas reformas sociales contribuyen así a reforzar este carácter ante todo comunitario de la sociedad sueca privilegiando todo lo que integra al individuo o al núcleo familiar al grupo, a la sociedad.

El niño sueco, considerado como ciudadano de pleno derecho, debe tener la facultad jurídica, desde el momento en que su edad y desarrollo lo permitan, de actuar sobre su propia situación. Este principio se aplica en concreto a los litigios resultantes de un divorcio. Así, el niño debe poder ser parte en las instancias judiciales relativas a la guarda y derecho de visita y alojamiento, y tener la posibilidad de obtener una ayuda jurídica. Igualmente, debe ser representado en su actuación ante la justicia por un mandatario para niños designado al efecto por el tribunal. Finalmente, en caso de separación, podrá incluso decidir con cuál de los padres desea permanecer, sin perjuicio de oponerse al acuerdo amistoso concertado por sus padres (sin que no obstante tenga que volver a plantearse el

derecho a visita). En pocas palabras, su opinión merece ser expresa-
da y defendida exactamente al mismo título que la de cualquier otro
ciudadano.

Si, como hemos visto, la vida familiar se abre ampliamente al público, lo mismo se puede decir en relación a la vida conyugal. Así, ya en 1965, las servicios sexuales (por ejemplo, la violación) cometidas en el matrimonio están sujetas a persecución penal. Igualmente, las mujeres que son pegadas ya no tienen necesidad de querellarse personalmente contra su marido o su concubino; la declaración de un tercero basta para poner en marcha el aparato judicial. Es evidente que en Suecia la homosexualidad ya no es considerada como una perversión (las sanciones penales fueron abolidas a partir de 1944). En 1970, como consecuencia de la gran corriente a favor de la liberación de las costumbres, grupos de homosexuales fundan una Organización nacional para la defensa de la igualdad de los derechos sexuales (RFSL)²⁰. En 1980, el Gobierno impulsa una gran encuesta nacional con vistas a reformar la legislación relativa a los homosexuales e impedir cualquier discriminación. El comité de encuesta no solamente propone una serie de leyes que garanticen la igualdad total entre heterosexuales y homosexuales, sino también un apoyo activo a la cultura y a las organizaciones homosexuales; también se evoca en este comité la posibilidad de una cohabitación institucionalizada de las parejas homosexuales que confiera las mismas ventajas que el matrimonio. Es interesante señalar que esta innovación en las costumbres emana de las mismas instituciones (en este caso de la encuesta gubernamental)²¹. Paradójicamente, esta iniciativa fue vivamente contestada por algunos grupos de lesbianas, que consideraban que se intentaba recuperar a las lesbianas para una institución familiar caída en desuso que no había ninguna razón para privilegiar. Las nuevas reivindicaciones se concretaron en que la ley se dirigiese no a las parejas, homosexuales o heterosexuales, sino a los individuos, independientemente de sus relaciones. Finalmente, las leyes suecas continúan negando la legitimidad del matrimonio entre homosexuales.

*Fin de los secretos
de alcoba*

Mucho antes de la «revolución sexual» de los años 1960-1970, la aparición de la educación sexual había abierto brecha en el carácter totalmente privado de la sexualidad. En efecto, en 1933 se fundó la Asociación nacional para la información sexual (RFSU)²², sociedad de finalidad no lucrativa que quiere «promover una sociedad sin prejuicios, tolerante y abierta a los problemas de la sexualidad y de la vida en pareja». La primera preocupación no era tanto liberalizar la sexualidad como luchar contra las enfermedades venéreas y los abortos. No obstante, a partir de este momento, el énfasis puesto sobre la información sexual trajo consigo el levantamiento progresivo de los tabúes. En 1938, una nueva ley sobre la contracción y el aborto abolía la prohibición que, desde 1910, penalizó la propaganda y venta de medios anticonceptivos. Las disposiciones legales relativas al aborto fueron también modificadas²³. En 1942, se recomienda

Sexualidad





Se upp för kärleksbacillerna.

Använd kondom. RFSU



la educación sexual en el colegio y, en 1955, se hace obligatoria. Ni que decir tiene que las directivas escolares son en un primer momento relativamente conservadoras (la relación sexual tenía como única finalidad la procreación en el marco del matrimonio). Sin embargo, muy pronto en las clases, a partir de los siete años, empieza a estudiarse decididamente la sexualidad —o, como decían los titulares de *Le Monde* de diciembre de 1973, «la vida en pareja»²⁴. La enseñanza subraya que «el acto de amor debe estar fundado sobre sentimientos afectivos recíprocos y sobre el respeto mutuo»; no aborda sin embargo cuestiones tan secretas como «el onanismo, la frigidez y la homosexualidad». ¡La corriente no se detiene! En una fecha tan temprana como 1946 la ley obliga a las farmacias a poseer un almacenamiento de anticonceptivos. Más tarde, en 1959, se autoriza la venta de anticonceptivos fuera de las farmacias: la sexualidad sale a la plaza pública, en el sentido literal de la expresión. Finalmente, a partir de 1964, la publicidad a favor de los medios anticonceptivos (patrocinada por la Asociación para la información sexual, RFSU) invade los periódicos y los folletos publicitarios. En un primer momento esta publicidad pretende ser informativa, incluso técnica, pero a menudo adopta un tono distendido y atrayente. Y ello es así porque se persigue una doble finalidad: por supuesto informar, pero también vender. De hecho, el sexo va a dejar de estar exclusivamente circunscrito al campo de los preservativos y de los paños higiénicos para servir de apoyo a toda suerte de reclamos para productos de consumo.

«Toma precauciones contra las enfermedades del amor, utiliza preservativos.» (Campaña a favor de los preservativos realizada en 1986 por RFSU.)

Página contigua: Curso de educación sexual en el colegio (obligatoria en Suecia desde 1955).

*Levantamiento
de la censura*

Esta desmitificación de la sexualidad, dictada en un primer momento por la preocupación de eliminar la enfermedad, la miseria y la ignorancia, se vio acompañada en los años 1960 por un debate sobre la censura. A partir de 1957, Suecia exporta la película *Hon dansade in sommar* («Sólo bailó un verano»), en la cual el abrazo entre Folke Sunquist y Ulla Jacobsson, desnudos hasta la cintura, provocó un éxito considerado «escandaloso» para la época. La película contribuyó a cimentar la fama de Suecia en materia de libertad





Suecia ha sido el primer país que ha mostrado la desnudez en el cine. Fue en 1951, con la película de A. Mattsson, *Sólo bailó un verano* (pág. 598). Otra audacia cinematográfica: esta escena de la película *Soy curiosa*, de Vilgot Sjöman, en 1967 (a la izquierda).

sexual. En 1963, la Oficina de censura da el visto bueno a *El silencio* de Ingmar Bergman, a pesar de sus numerosas audacias; pero la película *491*, de Vilgot Sjöman, sólo se proyecta en las pantallas después de la supresión de una escena en la que unos jóvenes obligan a una mujer a tener relaciones sexuales con un perro. Sin embargo, esta censura suscitaría un debate apasionado a resultas del cual se decidió autorizar la película en su totalidad (1964). Hacia 1965, se empieza a mostrar en la pantalla escenas de homosexualidad. Finalmente, la película del mismo Sjöman, *Soy curiosa* hizo caer sin duda los últimos tabúes sexuales en el cine. Esta película provocó una polémica que desembocó en su prohibición para los niños; pero no fue censurada. A partir de este momento, se crearon diferentes comisiones de estudio para modificar una legislación que se consideraba obsoleta. Se difundieron películas de información sexual —tal es el caso de *El lenguaje de amor*, que abordaba el tema del placer sexual de la mujer—; después, en 1971, *Más sobre el lenguaje del amor*, que trataba, entre otras, la cuestión de la homosexualidad masculina o de la sexualidad de los disminuidos físicos. Finalmente, la censura cinematográfica se abole definitivamente (salvo para las escenas excesivamente violentas ese mismo año).

La pornografía es a la revolución sexual de los años 1970 lo que la educación sexual fue a las transformaciones de los años 1940-1950. Constituye quizás la manifestación más inmediata de la sexualidad, puesto que, a diferencia del erotismo, no establece mediación entre el espectador y el objeto de su deseo. Nada es sugerido, tampoco

La pornografia

desvelado; todo es exhibido. Es interesante señalar a este respecto que, en la literatura sueca, no existe prácticamente novela erótica, una *Justine* o una *Historia de O*; no hay un equivalente a las obras de Bataille, del marqués de Sade, ni siquiera algo que se parezca al Diderot de los *Dijes indiscretos*. La única literatura ligera y libertina data del siglo XVIII, cuando Suecia era la «Francia del Norte». Salvo esta excepción, la literatura sueca —en particular en el campo del sexo— no cultiva la litote, el sobrentendido, el contenido latente o implícito; es ya abiertamente pornográfica, ya resueltamente educativa. Así, la pornografía representa una determinada decadencia de lo imaginario fantasmagórico y de la evocación metafórica del cuerpo. El fantasma pertenece al mundo del secreto y de lo posible; su representación real (*live shows*) o iconográfica disuelve cualquier mediación, cualquier imaginario y, en última instancia, cualquier transgresión. Sin duda es ésta la razón que explica que la literatura pornográfica parezca tan repetitiva y anónima. Los manuales de educación sexual muestran el funcionamiento técnico de la sexualidad; las revistas pornográficas muestran a fondo lo mismo añadiendo algunas variaciones pesudoperversas.

El derecho al placer

Así, la revolución sexual barre aparentemente los últimos tabúes. Después del derecho a la información sexual, se ha proclamado el derecho al placer sexual. Esta proclamación se quiere sin exclusiva, igualdad obliga: desde la homosexualidad a la zoofilia, pasando por el *voyeurisme*, todas las actitudes sexuales son igualmente legítimas. En el plano legal, la noción misma de «atentado a las buenas costumbres» desaparece y es reemplazada por la de «delito sexual»²⁵. No obstante, el reflujo no se hará esperar. Y es que la liberación sexual de los años 1960-1970, si la analizamos bien, es en parte ficticia; ha levantando las prohibiciones formales, pero no por ello ha modificado en profundidad los esquemas tradicionales. Tal es en todo caso la tesis defendida por las feministas suecas que, en concreto, han denunciado vivamente la manera de ilustrar las relaciones hombre-mujer en la literatura pornográfica. Sobre esto merece citarse una anécdota. En 1964, se crea la revista *Expédition 66* que pretende ser el equivalente femenino de *Playboy*, y ofrece a sus lectoras algunos modelos machos. De hecho, la revista desaparecerá rapidísimamente, falta de lectoras, pero sobre todo falta de... modelos (Nina Estin, la redactora, por una honestidad muy sueca, no quiso sacarlos de los archivos de revistas homosexuales). A partir de entonces la pornografía sólo se orientará hacia una clientela esencialmente masculina.

La prostitución

Una excelente ilustración de este reflujo, y sobre todo del papel que ha jugado en él el funcionamiento de las instituciones, nos lo proporciona la prostitución. De manera quizás paradójica, a comienzos de los años 1970 —es decir, en el momento mismo en el que el sexo deja de constituir, al menos aparentemente, una transgresión— se produce en Suecia un aumento muy claro de la prostitución: en la cresta de la ola (años 1970-1972), sólo en la zona de Estocolmo, se



contabilizaron más de un centenar de «institutos de masaje» o de «talleres para posar»²⁶. Simultáneamente, se multiplican los alegatos en favor de una prostitución más libre y menos disimulada. En 1965, J. Erikson preconiza una socialización de la prostitución, incluso que sea cubierta por la Seguridad Social.

En 1976, se crea una comisión para el estudio de la prostitución, y, a partir de 1980, se elabora un proyecto más preciso de reinserción de las prostitutas. El informe, extremadamente detallado —analizaba todos los niveles de la prostitución (la prostituta, el cliente, el chulo)— suscitó una polémica entre los partidarios de la represión de la prostitución (los movimientos de mujeres sobre todo) y quienes temían que una criminalización de la prostitución, lejos de hacerla desaparecer, la volvería incontrolable, sobre todo porque se haría clandestina. El informe mostraba sobre todo que en Suecia la prostitución se encontraba especialmente vinculada con la droga: por ello, quienes defendían la prostitución durante los años 1960 comienzan hoy en día a poner en duda su carácter «liberador». Finalmente, subrayaba que la prostitución funcionaba claramente como medio de satisfacer exclusivamente la sexualidad masculina: la revolución de los años 1960-1970 también había fracasado aquí en su intento de «liberar» realmente a la mujer...

A resultas de este informe se adoptaron una serie de medidas

«A mi papá no le gusta la pornografía». Después de los excesos de la revolución sexual de los años 1960-1970, se asiste a una puesta en cuestión de lo que a partir de ahora se considera como ilusoria liberación de las costumbres.

legislativas de carácter restrictivo. Los nuevos textos, si no llegan a castigar al cliente (salvo en el caso de relación sexual con menor), permiten por el contrario condenar por proxenetismo a todo propietario de locales que sirvan a la prostitución. Estos textos, junto con una acción eficaz de reincisión social de las prostitutas²⁷, provocaron una clara regresión de la prostitución a partir de 1980²⁸. Igualmente se reprimió la asociación de la violencia con el sexo, frecuente en las publicaciones pornográficas. Finalmente, en 1982, se prohíben los *live shows*; la comisión de estudio, constatando que la clientela estaba formada mayoritariamente por hombres maduros y, en particular, por hombres de negocios extranjeros, concluyó que «no se trataba de un patrimonio cultural sueco que importase realmente preservar». Fin, pues, de una especialidad sueca de fama mundial... De hecho, hoy en día todo el vendaval pornográfico de los años 1960-1970, si no se ha extinguido, al menos sí se ha analizado; el debate que en esta época suscitó el sexo hoy se concentra sobre la violencia en cualquiera de sus formas (violencia sexual incluida)...

Las facetas de lo privado

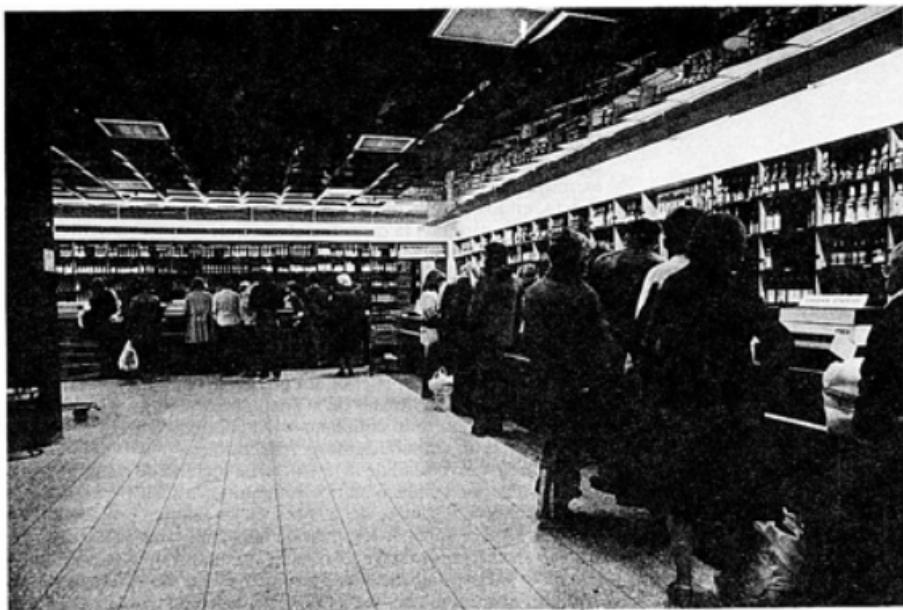
En esta sociedad tan próxima a un ideal de transparencia, continúan existiendo sin embargo algunas opacidades. La sociedad sueca tiene sus prohibiciones que, por ser poco numerosas, no por ello son menos severamente protegidas. Así, la prohibición de la violencia, uniformemente condenada, perseguida por todas partes y sin embargo presente; así sobre todo la prohibición del alcoholismo, quizás el campo en el que el consenso es más frágil y el control social más contestado. Por otra parte, algunos espacios celosamente guardados escapan a la apertura: estos lugares de lo privado son geográficos —la casa, el barco, la isla— o, a menudo, imaginarios, poéticos.

Violencia

En la «sociedad acolchada» sueca, la violencia, si no es significativamente más frecuente que en otras partes (ligeramente inferior en Francia por ejemplo), tiene sin embargo un mayor impacto social. De ahí el encarnizamiento con que se acosa cualquiera de sus manifestaciones: desde la más privada (prohibición de la azotaina) hasta la más insignificante (así, desde 1979, Suecia prohíbe la venta de juguetes bélicos). En 1978, una exposición que llevaba el nombre de «La violencia llama a la violencia» mostraba desordenadamente dibujos animados denominados violentos, estimaciones del número de niños que cada año morían en accidentes de automóvil, estadísticas sobre el fenómeno de la droga, etc. Se trata en efecto no solamente de prohibir la violencia, sino también de prevenirla; y el Estado considera a la violencia abierta y pública como la consecuencia de las violencias del espacio privado —ya sean éstas parentales o lúdicas—. Más profundamente, la violencia, ya sea interna o externa, privada o pública, representa una amenaza para el orden y el consenso: de hecho, constituye uno de los últimos espacios que en la sociedad sueca escapan al control.

Alcoholismo

Otro espacio incontrolado es el alcoholismo. Beber alcohol no es en Suecia un acto anodino. Un sentimiento tenaz de culpabilidad



Los *Systembolaget*, almacenes estatales que detienen el monopolio absoluto de la venta de vinos y bebidas alcohólicas, exponen sin embargo en sus escaparates lemas sobre los estragos que puede causar el alcohol. La venta de alcohol está prohibida a los menores.

pesa sobre quien bebe; no ya sobre el borracho inveterado, sino sobre el sueco medio, que hace cola en el *Systembolaget* (el gran almacén estatal de vinos y bebidas alcohólicas) evitando reconocer en él a sus vecinos, y que sale de allí con algunas botellas cuidadosamente disimuladas en su embalaje, un poco como, en Francia, M. Dupont saldría de un *sex-shop*. Beber en Suecia es un acto tabú en el plano público; oficialmente, se hace el elogio de la templanza, la borrachera está condenada al desprecio público y la reglamentación es muy restrictiva en materia de venta de alcohol. Por ello, en Suecia, en los lugares públicos, sólo se bebe en raras ocasiones: no solamente a causa de la carestía del alcohol, sino sobre todo porque en estos establecimientos la colectividad ejerce un control social, una reprobación sorda pero tenaz. De hecho, la bebida sólo es legítima —incluso valorada— en ocasiones muy especiales —en las fiestas por ejemplo (en la noche de San Juan o en la fiesta ritual de los cangrejos en el mes de agosto, etc.); por otra parte, entonces se bebe para emborracharse. Según la moral oficial, es absolutamente inconveniente beber en la propia casa, en privado, sin razón «social» —en el fondo, sin que los rituales de la comunicación lo justifiquen—. El aperitivo o el vino tinto cotidiano se convierten en última instancia en actos secretos culpabilizantes y reprendibles.

La extrema severidad de la ley sueca en materia de alcohol (penas muy fuertes por conducir ebrio: se empieza a incurrir en delito a partir de los 0,5 gramos de alcohol en la sangre; prohibición de comprar alcohol antes de los veintiún años, mientras que la mayoría legal se alcanza a los diecinueve, etc.), es imposible de comprender tomando a las estadísticas como único punto de referencia. Por ejemplo, el consumo en Suecia en 1979, calculado en alcohol puro, era de 7,1 litros por habitante adulto contra 17 litros en Francia. Estas cifras sitúan a Suecia en los alrededores del vigésimo quinto puesto mundial en el consumo total de alcohol. Esta severidad sólo es comprensible recurriendo a la historia. Mucho antes del siglo XX, la fabricación y venta de productos alcoholizados estaban sometidas a una reglamentación. Sólo a comienzos del siglo XX los movimientos en favor de la templanza, que dejaron oír su voz con fuerza en el Parlamento, consiguieron que prosperase una ley única en el mundo conocida con el nombre de «sistema Bratt», que obligaba a todo comprador a presentar una cartilla de racionamiento.

Hoy en día también, la importancia del alcohol en los debates políticos —ningún problema desencadena tantas pasiones— se explica ampliamente por la influencia de los miembros de las ligas antialcohólicas, proporcionalmente mucho más numerosos en el Parlamento que en la población. No hace tanto tiempo que un parlamentario de cada tres estaba afiliado a una organización de templanza; y tradicionalmente las ligas antialcohólicas son unos fértiles viveros de hombres políticos.

El alcohol se muestra sin embargo como uno de los puntos de ruptura del consenso. Pues la unanimidad alrededor de la reprobación del alcoholismo sólo es aparente: en privado, los suecos transgreden gustosamente la tutela. Como en otros lugares, son muchos quienes gustan presumir de su capacidad de «aguantar» alcohol; y el

humor que representa imágenes de borrachos es uno de los temas favoritos de los sainetes televisivos.

La lucha contra la droga suscita por el contrario un consenso más amplio. Contrariamente a España, Suecia ni siquiera autoriza el consumo de hachís; y, a partir de 1968, la política de lucha contra el abuso de estupefacientes se ha hecho cada vez más estricta. Una de las penas más duras previstas por la legislación sueca (diez años de prisión) castiga la infracción grave de la ley de estupefacientes. Suecia tampoco distingue entre «drogas blandas» y «drogas duras». No obstante, comparada con el alcoholismo, la toxicomanía constituye un problema cuantitativamente limitado.

Violencia, alcoholismo, droga: tales son las principales «desviaciones» en la sociedad sueca. Tales son los últimos reductos que escapan al control de la esfera política, las últimas transgresiones en una sociedad liberada de los tabúes de antaño.

¿Adónde irá el hombre a buscar un refugio privado en esta sociedad tan fuertemente comunitaria, tan controlada por lo «público»? A su casa particular, a su *sommarstuga* de madera, rústica, perdida en el bosque o recostada al borde del agua. La casa individual, como la isla, se constituye en el espacio privado, cerrado y personal por excelencia. E. Monnier, en sus «Notas escandinavas»²⁹, constataba que «los pueblos más colectivistas» —Rusia, Alemania, Suecia— son los pueblos del hábitat solitario». En efecto, el sueño de todo sueco habita en lo más profundo en un sueño individualista expresado por esta llamada a la soledad primitiva, está llamada a la inmensa naturaleza sueca. La *stuga*, a menudo sin agua corriente y con escasa comodidad, permite encontrar intactos los orígenes rurales de antaño, entrar en íntima comunión con la naturaleza. Así todos los suecos, o casi todos, se guardarán o de evadirse de su país durante los bellos meses de mayo y junio cuando, repentinamente, la naturaleza, que emerge de su interminable letargo invernal, despliega su luz resplandeciente y liberadora, cuando Suecia vuelve a convertirse en el país de las 24.000 islas y de los 96.000 lagos! Así, la casita individual, perdida en el campo o en el bosque, pero también la isla, el archipiélago, el barco de vela (más de 70.000 sólo en la zona de Estocolmo), son los últimos reductos del individualismo en una sociedad por otra parte tan fuertemente comunitaria.

Estos temas del aislamiento, de la naturaleza, del archipiélago, se hallan omnipresentes en la literatura y el cine suecos. Así, la novela *Las gentes de Hemsö* representa un claro en la sombría obra de un Strindberg; la bella película de Gunnar Lindblom *Paraiso de verano* se desarrolla enteramente, y hasta el desenlace dramático, en el marco encantador de una maravillosa casa al borde del agua... Este espacio íntimo, «privado», refugio real, puede también convertirse en el lugar cerrado, escenario trágico, en el que los individuos tratan desesperadamente de reencontrar una comunicación primitiva, una pureza original. En este encerramiento en un espacio clausurado, tema especialmente desarrollado en la obra cinematográfica de Ingmar Bergman —*Silencio, gritos y susurros...*— se desarrolla también

Droga

El imaginario





Carl Larsson (1855-1919), *Susana en la ventana florida*.

la búsqueda misma de una palabra, de un intercambio que no llega nunca. ¿No expresa el héroe de *Después del ensayo*, director y doble de Ingmar Bergman, la imposible comunicación cuando repite estas palabras: «Distancia y angustia, distancia y aburrimiento...» Imposible comunicación también de la pareja de *Escenas de un matrimonio*, película que tuvo en Suecia un éxito considerable. Atmósfera acolchada, tensiones ahogadas, en esta relación íntima de pareja se contiene, se silencia la misma violencia. A menudo esto la hace aún más penosa. Las relaciones de pareja evocadas por el cine de Ingmar Bergman o por el teatro de Strindberg están teñidas de la misma dureza, penetradas por este mismo tufo tormentoso... Muy raras veces encontraremos en los sucesos suecos algún crimen pasional (y cuando se produce ocupa la primera plana del periódico). No se grita nunca, apenas se gesticula y las más de las veces las personas prefieren guardar silencio... Curiosamente, en esta sociedad en la que todo se dice en voz alta, donde todos los temas se plantean con una franqueza inesperada, los individuos se sienten molestos conversando entre sí... Si las relaciones profesionales son simples, directas y desprovistas de cualquier jerarquía, si el tuteo está a la orden del día, por el contrario las invitaciones privadas a cenar a menudo se encuentran impregnadas por un envarrado formalismo, extremadamente puntiloso, que sorprende incesantemente al extranjero que visita Suecia. Por supuesto, todo esto no favorece la conversación... «Mis-

ticismo y poesía de hombres solos: parece como si el pueblo sueco —señalaba Emmanuel Mounier—³⁰ no hubiese alcanzado el estadio de la expresión... Tal es la vertiente propiamente privada de un yo individual que se manifiesta —lo hemos visto— no tanto en el comportamiento como en el imaginario (sueco o escandinavo).

Sólo a partir de estos presupuestos es necesario preguntar a la sociedad sueca, intentar captar sus paradojas y contradicciones. ¿Cómo si no comprender la coexistencia de un sentimiento tan fuertemente comunitario, tan público, con este individualismo tan furioso, replegado sobre su yo más privado? La soledad del Gran Norte, este mundo de silencio, esta comunicación tan íntima con la naturaleza... he aquí la fuente en la que bebe el individualismo escandinavo. Soledad primitiva, que la comunidad compensa bajo todas sus formas —intensa vida asociativa, círculos de estudio, ceremonial de las fiestas—. Desde las fiestas a las leyes, se trata de romper la soledad, de dar la palabra a todos, se trata de mantener intacta esta comunidad tradicional, única condición de supervivencia física en el rudo mundo de antaño, de supervivencia moral en el mundo de hoy en día. ¿Cómo comprender si no la increíble población de todas las antiguas fiestas paganas (transmutadas por otra parte en fiestas cristianas), vinculadas las más de las veces a la vida rural? Se celebra la primavera (noche de Valpurgis), el solsticio de invierno (noche de Santa Lucía), la noche San Juan (*Midsommar*) —por sólo citar algunas— en un calendario inamovible... Durante

Tjörnarp, casa en los bosques.



Midsommar: la Fiesta de San Juan, ceremonia pagana en sus orígenes, reviste en Suecia el carácter de una verdadera fiesta nacional. Ese día se baila alrededor de un poste adornado con hojas del «árbol de mayo» (*majståndet*), símbolo del verano nórdico que todavía no ha tenido tiempo de despuntar...



una noche, todos los individuos olvidan jerarquías, clases sociales, diferencias, odios y, en unánimes actos de sociabilidad, recrean así la comunidad de la utopía, perfectamente igualitaria, perfectamente consensual. La señorita Julia de la obra de Strindberg, discute, bebe, se acuesta y hace proyectos de futuro con el criado de su padre... Pero, tras la desbocada noche de *Midsommar* el alba restablece las diferencias, la imposible comunicación, la rebelión. La locura de una noche termina con la muerte... ¿Cómo comprender el imaginario sueco si sólo se ve en él la imposible e insulsa historia de amor entre una pequeña condesa y un criado?

El modelo sueco puede también definirse como el de una sociedad «total» o «totalizante». Funciona alrededor de una ética comunitaria perfectamente consensual que reposa sobre una exigencia absoluta de transparencia de las relaciones sociales (desde el compañero de la muchacha de los *nattfrieri*³¹ al actual derecho del niño a conocer a su padre). Y la vida privada no puede escapar a la ética dominante.

El modelo sueco que une la moral comunitaria de antaño con la moderna ética socialdemócrata puede definirse así como el modelo mismo del antisecreto —pues el único imperativo social es la transparencia—. El secreto se muestra como una amenaza para el orden, para el consenso: de ahí ese empecinamiento en levantarla.

Grandeza y decadencia de un mito

En los años 1930, el americano Marquis Childs lanza la célebre fórmula: «*Sweden, the middle way*» (la vía intermedia), que da una imagen de Suecia que influirá primero en los americanos y poco después en los franceses. La prosperidad material de Suecia, descrita desde 1928 en términos de «teléfono en todas las habitaciones de hotel, electricidad dispensada con liberalidad, hospitales modelicos, amplias y limpias calles», así como su organización social casi perfecta, contribuyen a partir de los años 1930 a promover la noción de «modelo sueco». Francia, Inglaterra y otros países se apasionan repentinamente por el caso sueco, tratando desde la preguerra de buscar el secreto de este fulminante éxito material.

Preservada de la Segunda Guerra Mundial, Suecia mantiene intacto su aparato productivo y se muestra a los ojos de la Europa asolada como el país de la utopía realizada, «los americanos de Europa». Mucho más. En muchos aspectos, Suecia se convierte en un modelo de organización social más atractivo que los Estados Unidos; porque allí la desigualdad es menos fuerte porque, como nos dice Queffélec en 1948, los suecos «se preguntan sobre todo este bienestar natural», porque, finalmente, gracias a su «salud moral», el sueco «escapa a las terribles consecuencias de la americanización». Mounier relata maravillado la reflexión de un interlocutor sueco, sin embargo muy admirador de la civilización americana: «... pero el sueco efectivamente aprecia mucho más al individuo que el americano». Al modelo americano parece faltarle un alma para llegar a suscitar la adhesión entusiasta que provoca el modelo sueco. En la inmediata posguerra, «el sueco produce la impresión de una vertiginosa anticipación» (*Le Franc-Tireur*, octubre de 1951). Y la prensa francesa contribuye con sus titulares a forjar la imagen de una Suecia ideal: «Suecia, Estado social moderno» (*L'Economie*, 1950); «Aquí nadie tiene hambre, nadie vive en un tugurio» (*Le Matin*, 1948); o también: «Génesis de la armonía social» (*Les Documents-Jeune Patron*, 1946). Al modelo material que fascina a los franceses de la posguerra sucede a partir de entonces el modelo social.

La sueca de los años 1940-1950 es todavía a los ojos de los franceses «bella, deportiva y sana». Si «la legendaria libertad de las costumbres escandinavas» existe verdaderamente, «a los ojos del viajero, esta juventud permanece distante, poco expansiva. Las parejas bailan con corrección» (*Action*, septiembre de 1946). O también: «Es muy difícil cortejar a las mujeres de este país, pues os tratan únicamente como camaradas» (Louis-Ch. Royer, *Luces del Norte*, 1939, Les Éditions de France). François-Régis Bastide plantea en 1954 en su libro *Suecia* la pregunta: ¿Qué hace falta decir a una muchacha sueca? y responde: «En cualquier caso, es muy peligroso hablarle de la famosa reputación que gozan en Francia las muchachas suecas. Esto la dejaría fría»³². Es necesario que la ima-

*El mito
de la sueca*

gen de la sueca de costumbres relativamente libres esté muy enraizada en el imaginario francés para que los autores que escriben sobre Suecia experimenten hasta tal punto la necesidad de reajustar el mito a la realidad y esto incluso antes de la famosa «liberación sexual» de los años 1960. Esta fama está sin duda vinculada a la campaña en favor de la información sexual que, como hemos visto, desde 1933, había levantado en Suecia el tabú de la sexualidad. Suecia es el promotor mismo de la educación sexual en las escuelas, y ello a partir de 1942; ningún país llegó tan lejos en la época. Por supuesto, los franceses van a asimilar información sexual y libertad sexual dando de Suecia una imagen de eldorado sexocrático. Hasta tal punto funciona el mito que, en 1962, una americana, Sherri Finkbine, hizo el viaje a Suecia para realizar un aborto médico después de un tratamiento con neurosedina. De hecho, los Finkbine ignoraban que su caso no estaba en absoluto previsto por la legislación sueca; en este campo, Suecia se situaba en efecto muy por detrás de Japón, Israel y algunos países del Este. Contrariamente al mito forjado a partir de la educación sexual y de la propaganda anticonceptiva, el aborto continúa siendo hasta 1975 una medida excepcional. Los medios de comunicación difunden así la imagen de una Suecia totalmente liberal, y el caso Finkbine muestra cómo el mito funciona...

En 1964, el viaje de Georges Pompidou «a esta extraña monarquía socialista» y la célebre frase en la que define su ideal sociopolítico como «Suecia con un poco más de sol» acentúan la idea del «modelo sueco», que, en los años 1970, alcanzará su apogeo. Suecia está entonces de moda: todo el mundo se refiere a ella en términos de modelo ejemplar. Modelo sociopolítico que describe Jean Parent en su libro el *Modelo sueco* (1970). «Suecia, ¿modelo para Francia?» es el titular de un número del periódico *Combat de: octubre* de 1969. Por todas partes se exalta y glorifica a Suecia... Después del sueño americano, tras la idealización que algunos hicieron de la U.R.S.S., China popular o Cuba, el «modelo sueco», imagen del justo compromiso, seduce a Europa y a los políticos franceses de la izquierda y la derecha. Suecia se convierte en un tema recurrente tanto de la prensa como de la edición. La «revolución sexual» de los años 1960 refuerza el mito sueco; «El amor en libertad», titular de *L'Express* en 1965; mientras que *Le Crapouillot* dedica un número especial a Suecia. Seghers lanza una serie «Suecia en cuestión» y las ediciones Balland dedican a los países escandinavos una de las obras de su colección «Eros internacional»; Claude Servan-Schreiber va a los escenarios de los hechos en 1972 para realizar una encuesta para *L'Express*. La prensa lo dice, la televisión lo muestra, los libros lo explican: Suecia es el país de la anticipación. Se analiza, se diseña el «caso sueco». A decir verdad, también empiezan a plantearse las preguntas.

El contramito

Alrededor de los años 1975 aparecen en la prensa francesa los primeros artículos críticos. Titular de *Le Monde*: «Mujeres no totalmente liberadas», o también «La familia hecha añicos» (1976); R. Huntford instruye un virulento proceso a la Suecia socialdemócrata



en su libro *El nuevo totalitarismo* (Fayard, 1975). La derrota en 1976 de los socialdemócratas (después de más de cuarenta y cuatro años en el poder) pone en cuestión la estabilidad del modelo sueco. Desde los «rincones de sombra del modelo sueco» (*Le Monde*, 1976) a los «golfores contra cabezas negras» (*La Croix*, 1977), Suecia a partir de ahora va a convertirse en el modelo pervertido, en una sociedad de fuertes coacciones. Suecia no deja de ser ejemplar, pero ahora se trata de un contraejemplo. Esta sociedad «prodigiosamente permisiva» ha segregado ella misma los mecanismos de su autodestrucción. «Suecia: liberados a la búsqueda del amor», titular de *Le Monde* en 1980; *L'Express* del mismo año afirma: «El espejo sueco, tan admirado en el extranjero, se quiebra, algo se ha atascado en el sistema más singular del mundo»; *Le Nouvel Observateur* de 1980: «Suecia, ¿la felicidad perdida?». Racismo, xenofobia, suicidios, alcoholismo... el modelo sueco no ha cumplido sus promesas. El contramodelo se encuentra en su apogeo, incluso si, aquí y allá, subsisten todavía algunas reminiscencias del antiguo paraíso (cf. la emisión de FR 3 en 1982 que, por ejemplo, presentaba al socialismo sueco como un régimen idílico). En 1984, la revista *Le Point* realizaba una encuesta entre la élite del futuro: se preguntaba a los alumnos de los mejores colegios qué país respondía mejor a su idea de una buena organización social. A la cabeza de las preferencias se situaba Suiza³³, des-

«(...) Os parecéis no solamente por vuestros vestidos, / Sino por vuestros rostros, bellos rostros blancos, brillantes, / De rasgos amablemente duros, de ojos salvajes y azules» (Valéry Larbaud, *Estocolmo*).

pués venían los Estados Unidos; Suecia en cambio sólo ocupaba un quinto lugar, *detrás* de Francia. Si el modelo sueco ha perdido su atractivo es porque ha patinado: «Incesantes y maníacos controles fiscales y familiares, al estilo Orwell, controles de las rentas, controles de los individuos, el Estado-providencia, el Estado-injerencia se mete en todo, incluso en la manera como usted educa a sus hijos. Alienta a los hijos a que denuncien a los padres "que se desvían" (Cl. Sarraute). En otras palabras, Francia no ha querido hacer suya esta «revolución de lo privado». Si el modelo sueco existe todavía, el mito en cualquier caso está completamente muerto.

K.O.

Notas

¹ *Le Monde*, 1976.

² *Paris Match*, agosto de 1979.

³ *Le Monde*, 1980.

⁴ *Le Nouvel Observateur*, mayo de 1980.

⁵ E. Mounier, «Notas escandinavas», *Esprit*, febrero de 1950.

⁶ Suiza mantiene secretas sus cuentas bancarias, Alemania su pasado bochornoso; los mismos valores americanos están manchados por la sospecha («imperialismo», «neocolonialismo», «violación de los derechos del hombre»...). Los valores suecos parecen sacados del imperativo categórico kantiano: todo el mundo puede querer que se conviertan en principios universales.

⁷ La mayoría de los franceses se reconocerían probablemente en la palabra del general De Gaulle, quien consideraba las discusiones sobre dinero como «impudicas». Todas las encuestas (empezando por las del CREP) lo muestran: una pregunta directa sobre el salario, la renta, el patrimonio, en el mejor de los casos provocará una infravaloración, en el peor un reflejo defensivo: «(...) lo que yo gano no interesa a nadie más que a mí y no debe transparentar. (...)» (encuesta de P. Zimmer en France-Inter, 9 de junio de 1984; la cursiva es nuestra).

⁸ Si la deflación juega también un papel importantísimo en Francia, nunca se han visto por el contrario que los servicios fiscales anuncien a través de la prensa el montante recuperado de este modo (150.000 coronas, sólo en relación a las tasas locales de la ciudad de Malmö en 1980, artículo aparecido en el *Sydesvenska dagbladet*).

⁹ *Offentlighets Principen*.

¹⁰ Jan Frese, director general de la Inspección de la Informática.

¹¹ A título de comparación, ¡tampoco es el caso de Italia!

¹² Un ciudadano que deja de formar parte de la Iglesia de Suecia tiene no obstante la obligación de pagar, en razón de servicios laicos prestados por la Iglesia, al menos un 30 % de este impuesto.

¹³ Desde 1958, la Iglesia de Suecia acepta la ordenación de mujeres. Hoy en día hay alrededor de trescientas cincuenta mujeres que ofician el culto.

¹⁴ Premio Nobel en 1951.

¹⁵ A. Gide, octubre de 1950, carta a L. Maury.

Puede leerse el texto completo de esta carta de André Gide en la versión española del libro de Par Lagerkvist (Alianza Editorial, Madrid, 1971), donde se inserta después de la nota introductoria. [N. del T.]

¹⁶ Por el contrario, ni siquiera los padres adoptivos pueden tener acceso a estas informaciones.

¹⁷ Si bien la ley distingue entre padre biológico y padre legal y precisa que todas las responsabilidades recaen sobre el segundo (el padre biológico en ningún caso puede ser llevado a asumir ningún tipo de responsabilidad), (por supuesto la primera consecuencia de la ley ha sido (y a pesar de los sondeos efectuados durante su elaboración) hacer caer de manera espectacular el número de donantes!

¹⁸ *Barn och vuxna* («Niños y adultos»), SOU, 1980: 27.

¹⁹ Palabras de Kajsa Sundström-Feigenberg, ginecólogo, responsable del proyecto de educación parental de la Dirección nacional de la Salud pública y de la Previsión social.

²⁰ *Riksförbundet för Sexuellt Likaberättigande*.

²¹ Encuesta gubernamental: *Homosexuella och Samhället* («Los homosexuales y la Sociedad»), SOU, 1984: 63. Un 54 % de las personas encuestadas se oponían al matrimonio entre homosexuales, pero el 46 % estaban de acuerdo en que los homosexuales que cohabitaban tuvieran el derecho a obtener un préstamo para vivienda (sólo se oponían a ello un 25 %).

²² *Riksförbundet för Sexuellt Upplysnings*. El tercio de su presupuesto está formado por subvenciones del Estado y de consejos de los comités de la Salud pública. El personal de la asociación se eleva a un centenar de personas, sin contar los médicos de media jornada, etc.

²³ El aborto estaba autorizado en tres casos concretos: debilidad física, embarazo como consecuencia de violación, posibilidad de transmisión al niño de graves enfermedades hereditarias.

²⁴ Se han beneficiado de la educación sexual en el colegio: un 7 % de personas de quince años entre 1922 y 1926, un 48 % de quienes tuvieron esa edad entre 1952 y 1956, un 65 % de quienes la tuvieron entre 1957 y 1961.

²⁵ *Sedlighetsbrottet. Ver Sexuella Övergrepp* (encuesta pública sobre los delitos sexuales), SOU, 1976.

²⁶ Fuente: *La Prostitution en Suède*, SOU, 1981: 71. Por el contrario, la prostitución callejera es prácticamente inexistente en Sucia.

²⁷ El proyecto de reincisión, realizado sobre todo en Malmö, logró alcanzar sus objetivos de reincisión eficaz en más del 50 % de los casos.

²⁸ En 1980, el número de «salones de masaje» y asimilados disminuye a veinticinco en la zona de Estocolmo.

²⁹ *Op. cit.*

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Nanfrieri*: numerosos autores (V. Moberg, A. Myrdal) hacen referencia a las prácticas sexuales bastante liberales de la sociedad rural sueca. Así, en algunas provincias, se dejaba a los novios que pasasen eventualmente la noche en la misma cama, sin no obstante consumar el acto sexual.

³² F. R. Bastide, *Suède*, París, Éd. du Seuil, col. «Petite planète», 1954.

³³ Suiza, donde sin embargo todavía no existe el permiso parental, pero siempre la noción de cabeza de familia, donde al aborto (salvo en caso de prescripción médica) está prohibido, donde la firma del cónyuge sobre la declaración de la renta sólo es facultativa, etc.